García de la Huerta

Raquel

Biblioteca de El Cosmos Editorial

EMILIO ZOLA

ANETA MICOULIN

versión castellana

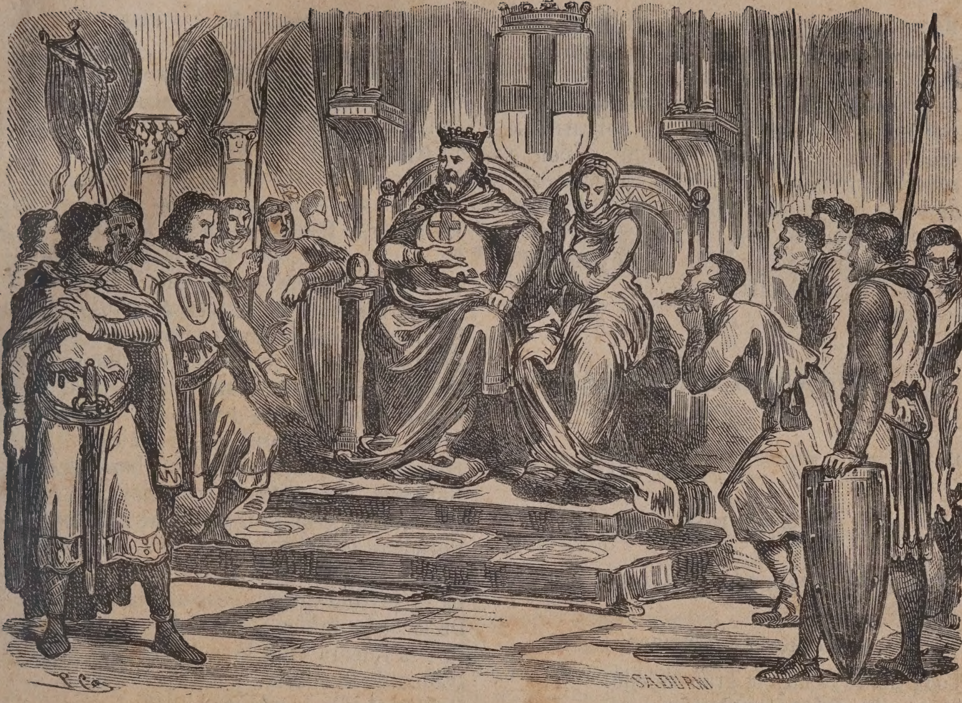
DE

FÉLIX DEL VALLE

TERCERA EDICIÓN

EL COSMOS EDITORIAL
MORÓN, PASTOR Y COMPAÑÍA
63, Cardenal Cisneros, 65

MADRID



JORNADA SEGUNDA, ESCENA VII.

VICENTE GARCIA DE LA HUERTA.

LA RAQUEL (a).

PERSONAS.

ALFONSO VIII, REY DE CASTILLA.
RAQUEL, JUDÍA.
RUBEN, CONFIDENTE DE RAQUEL.
HERNAN GARCIA DE CASTRO, RICO HOMBRE.
ALVAR FAÑEZ, ID.
GARCERAN MANRIQUE DE LARA, RICO HOMBRE.
CASTELLANOS.
GUARDIA DEL REY.
ACOMPAÑAMIENTO DE JUDÍOS Y JUDÍAS.

La escena pasa en Toledo.

ARGUMENTO.

Pues el rey don Alonso ovo passados todos estos trabajos en el comienzo cuando reinó, é fue casado, fuese para Toledo con su mujer doña Leonor: é estando y, pagose mucho de una judía que avie nombre *Fermosa*, é olvidó la mujer, é encerróse con ella gran tiempo en guisa que non se podie partir de ella por ninguna manera, nin se pagaba tanto de cosa ninguna; é estubo encerrado con ella poco menos de siete años, que non se membraba de si nin

(a) Al escribir esta tragedia don Vicente García de la Huerta, se propuso contradecir el aserto, sentado por el colector del *Teatro español* que se publicó en París, en 1738, de que el género trágico no era conocido en España. No se equivocaba dicho colector, si entendia la tragedia tal cual la compusieron Racine, Corneille y Voltaire, pues el genio español chocaba con la fria regularidad de las unidades llevadas á la exageracion, y asi lo habia sostenido el propio Huerta en sus luchas literarias con los sostenedores del gusto francés; pero español sobre todo, y sentido de que se pudiera suponer inferioridad en los españoles, respecto de los franceses, aprovechándose del hecho apócrifo que le sirve de argumento, escribió la *Raquel*, sujetándose deliberadamente á todas las exigencias de la escuela francesa, de la cual fuera hasta entonces rígido censor. Cuantas diatribas habia lanzado sobre el principio de las unidades, podian aplicarse de lleno á su obra, en la cual á vueltas de la imitacion neo-clásica, se siente palpitar el genuino espíritu nacional. Dado el género no puede dudarse que es la *Raquel* una de las tragedias españolas mas acabadas, y por esta razon, y por el significado que tiene en la historia de las letras españolas, la hemos elegido como la mas propia para inaugurar la serie de las que deben constituir nuestro TEATRO MODERNO ESPAÑOL.

de su reino nin de otra cosa ninguna. Estonce ovieron su acuerdo los omes buenos del Reino como pusiesen algun recaudo en aquel fecho tan malo, é tan desaguisado: é acordaron que la matasen, é que así cobrarien á su señor, que tenien por perdido: é con este acuerdo fuéronse para alla, é entraron al rey diciendo que querian fabrar con él; é mientras los unos fabraron con el rey, entraron otros donde estaba aquella judía en muy nobles estrados é degolláronla.

JORNADA PRIMERA.

En el antiguo alcázar de Toledo salon comun de audiencia, con silla y dosel real en su fondo.

ESCENA PRIMERA.

GARCERAN MANRIQUE *y* HERNAN GARCIA.

GARCERAN MANRIQUE.

Toda júbilo es hoy la gran Toledo:
El popular aplauso y alegría
Unidos al magnífico aparato,
Las victorias de Alfonso solemnizan.
Hoy se cumplen diez años, que triunfante
Le vió volver el Tajo á sus orillas,
Despues de haber las del Jordan bañado
Con la persiana sangre, y con la egipcia:
Segundo Godofredo, cuya espada
De celestial impulso dirigida,
Al cuello amenazó del Saladino,
Tirano pertinaz de Palestina;
Cuando el poder y esfuerzo castellano
Gobró en Jerusalen la joya rica
Del sepulcro de Cristo, con desdoro
Del francés Lusiñan antes perdida;
Y hoy tambien hace siete, que postrado
El orgullo feroz de la morisma,
Le aclamaron la Navas de Tolosa
Por sus proezas Marte de Castilla:
Y ofreciendo los bárbaros pendones
Por tapetes del templo de María,
Perpetuó de la hazaña la memoria
Con la celebridad hoy repetida.
En confuso tropel el pueblo corre
Por ver á su monarca, que este dia
Dejándose gozar de sus vasallos,
Hacer mayor la fiesta determina.
La corte toda al templo le ha seguido:
Y pues que nuestra falta conocida
No podrá ser en tanta concurrencia,
Esperemos en estas galerías
A que vuelva, si quiere honrar el lado
De Garceran Manrique Hernan García.

HERNAN GARCIA.

Sí, Garceran: agradecido admito
Tu cortés expresion; mas no repitas
Memorias, que ó del todo están borradas,
O tan notablemente obscurecidas.
Esperemos, sí, á ver con indolencia,
Que en tan enorme subversion prosiga
El desórden del reino y su abandono,
Del intruso poder la tiranía,
El trastorno del público gobierno,
Nuestra deshonra, el lujo, la avaricia,
Y todo vicio en fin, que todo vicio
En la torpe Raquel se encierra y cifra
En ese basilisco, que de Alfonso
Adormeció el sentido con su vista
Tanto, que solo son sus desaciertos
Equívocas señales de su vida.
Siete años hace, que el octavo Alfonso
Volvió á Toledo en triunfos y alegrías,
Y esos hace tambien que en vil cadena
Trocó el verde laurel que le ceñia.
¿Pues cómo, cuando dices sus hazañas,
Garceran, no repites la ignominia,
Con que hace tanto tiempo que en sus lazos
Enredado le tiene una judía?
¿Cómo, cuando sus triunfos nos refieres,
La esclavitud ignominiosa olvidas
De la plebe infeliz sacrificada
De esa ramera vil á la codicia?
¿Cómo de la nobleza y de sus fueros
Omites el ultraje y la mancilla?
Reina es Raquel: su gusto, su capricho,
Una seña no mas, ley es precisa
Del noble y del plebeyo venerada.
Estas hazañas añadir debias
A la historia de Alfonso, si te precias
De ser, ó Garceran, su coronista.

MANRIQUE.

Permíteme admirar, el que así olvides
La obligacion, Hernando, de la antigua
Nobleza de tu sangre. Los leales
Jamás acciones de su rey critican,
Aun cuando el desacierto los disculpe.
Los reyes dados son por la divina
Mano del cielo; son sus decisiones
Leyes inviolables, y acredita
Su lealtad el vasallo, obedeciendo.
Quien sus obras censura, quien aspira
A corregir sus yerros, el derecho
Usurpa de los cielos, y aun vendria
A ser audacia atroz...

GARCÍA.

Cuando se aparta
De lo que es justo el rey, cuando declina
Del decoro, que debe á su persona,
Lealtad será advertirle, no osadía.
En el excelso trono es donde debe
Resplandecer mas tersa la justicia,
Y un rey con sus acciones mayor cuenta
Debe tener: que el vicio que seria
Apenas conocido en las cabañas,
Si en los palacios reina, escandaliza.

MANRIQUE.

El que profiera quejas...

GARCÍA.

No me quejo
De Alfonso yo: lamento la desdicha
De este reino infeliz, presa y despojo
De una infame mujer prostituida:
Del rey el ciego encanto, las prisiones
Con que esta torpe hebrea le esclaviza:
La soberbia, el orgullo, el despotismo,
Con que triunfa del reino cada dia.
La primera persona de la corte
Es Raquel; á su obsequio se dedican
Los grandes y pequeños, que presumen
Ser las bajezas puertas de la dicha.
¿Quién, Garceran, no teme, aunque su ilustre
Nacimiento y conducta le distingan,
Caer en su desgracia? De su arbitrio
Penden honor, hacienda, fama y vida:
Agotados del reino los tesoros
Tiene su profusion: su altanería
Por sumision, adoracion pretende;
Besarla el pié, doblarla la rodilla,
El medio de medrar es en la corte.
¿Y esto los ricos hombres de Castilla
Deben sufrir? ¿Es esto ser leales?
Esto no es lealtad, es villanía.

MANRIQUE.

Conozco tu razon; veo que Alfonso
Hácia su perdicion se precipita:
De Raquel la injusticia considero:
Pero Alfonso es mi rey: Raquel me obliga
Con beneficios: fiel y agradecido
Debo ser á los dos; que ofenderia,
Si obrara de otro modo, mi nobleza.
Mas Raquel sale.

GARCÍA.

¡Qué desvanecida
La tiene su privanza y su fortuna!

MANRIQUE.

¡Qué belleza tan grave y peregrina!

GARCÍA.

¡Y qué bien entre godos capacetes
Parecen, Garceran, tocas judías!

ESCENA II.

DICHOS, RAQUEL, RUBEN *y acompañamiento de* JUDÍOS *y* JUDÍAS.

RAQUEL.

¡Oh Garceran!

MANRIQUE.

En hora buena salga
A dar esmalte nuevo al claro dia
La aurora de Toledo. Tantos siglos
Goces esa beldad, Raquel divina,
Cuantas arenas de oro el rico Tajo
Revuelve en sus corrientes cristalinas.

GARCÍA.

¡Qué torpe adulacion!

RAQUEL.

Tanto agradezco,
Manrique, tu atencion, cuanto me admira
Ver, que los ricos hombres desamparen
De Alfonso el lado en tan notable dia;
Y ociosos en las cuadras de palacio
Asistan, cuando fuera mas bien vista
La asistencia á su rey, en los que tanto
Se precian de leales.

GARCÍA.

¡Qué osadía!

MANRIQUE.

Yo... Raquel... Mi respeto...

GARCÍA.

(*A Manrique.*) Su respeto
Los nobles á su rey solo dedican.
(*A Raquel.*) Cuando Alfonso en las Navas de [Tolosa
Esgrimió contra alarbes la cuchilla;
O cuando los persianos escuadrones
En los campos domó de Palestina,
Entonces le seguí, sin que á su lado
Faltase mi persona noche y dia.
Mas ahora, que en fiestas se entretiene;
Que no hay fieros contrarios que le embistan,
Y que guerras de amor solo sustenta,
No ha menester, Raquel, mi compañía.
Tropas de aduladores le acompañen,
De tantos que alimenta la codicia,
Mientras viva en su corte: que en campaña
Siempre el primero fué Fernan García.

RAQUEL.

¡Qué presuncion tan fiera! Tus razones
Bien la aspereza bárbara acreditan
De tu rústica cuna, y tu crianza.
Lo inculto de los montes de Castilla
No lleva fruto menos desabrido
Que tu barbaridad y grosería.
Patria de fieras, y de atrevimientos
Han sido siempre: bien lo califica
La avilantez con que de Alfonso el nombre
Ha insultado tu voz. Y si se fia
En su piedad el grave desafuero,
Con que á él te atreves, advertir debias,
Que aunque piadoso, es rey: que de su arbitrio
Dependen las fortunas y las vidas:
Y no están muy seguras las del necio,
Que no teme á Raquel por su enemiga.

GARCIA.

¡Qué vanas amenazas! Los vasallos
Que como yo su lealtad confirman
Con tantas pruebas: que su sangre ilustre
En defensa de Alfonso desperdician;
Aquellos que en sangrientos caractéres
De heridas por su nombre recibidas
Llevan la ejecutoria de sus hechos

Sobre el noble papel del pecho escrita,
Ni temen amenazas, ni calumnias,
Por mas que les combata la malicia.
Pero á tí, á quien estéril de esos montes
El terreno parece, es bien que diga,
(Para que de un error te desengañes)
Que á esas montañas que desacreditas,
La libertad de España se les debe;
Que en el alarbe yugo gemiria
Por ventura hasta hoy, si su aspereza
No hubiese producido esclarecidas
Almas, que con valor y atrevimiento
Sacudiesen del cuello la ignominia.
Y no cansado su feraz terreno
Espíritus produce todavía,
Que el vicio y la maldad abominando,
Poderla derribar al fin confian
Del supremo lugar, del alto asiento
Que tan indignamente tiraniza. (*Vase.*)

RAQUEL.

¿Que esto sufra? ¿que siendo yo de Alfonso
Dueño absoluto, (acábenme mis iras)
A ultrajarme se atreva así Fernando?
¿Visteis tal libertad? ¿tal osadía?
¿De qué el poder me sirve, si á mis plantas
No ofrece el labio, la cerviz no humilla?
Pero hoy verá Toledo con asombro
Castigadas sus locas demasías.
¡Oh cuánto Alfonso tarda! Ya el deseo,
De ver sus altiveces abatidas,
Impaciente me tiene. Tú, Manrique,
Advierte luego á Alfonso.

MANRIQUE.

Si te obliga
Con esto mi obediencia, ya te sirvo. (*Vase.*)

RAQUEL.

¿Ruben, soy yo Raquel? ¿Soy quien solia
En el alma de Alfonso, y en su corte
Ser adorada en vez de obedecida?
¿Soy quien las riendas del gobierno tiene
En sus manos? ¿quien premia, y quien castiga?
Sácame ya, Ruben, de tanta duda:
Que al verme así ultrajada y ofendida,
Mi poder y mi suerte desconozco,
Y pienso que no soy la que solia.

RUBEN.

No al enojo la rienda, Raquel bella,
Sueltes así. De Hernando la osadía
Honras con tu pesar. Yo te he criado;
Por mi astucia, Raquel, y mi doctrina
Te has dirigido en toda tu privanza,
Desde el dia feliz, en que rendida
Al imperio quedó de tu hermosura
De Alfonso octavo la soberanía.
Que acertados han sido mis consejos,
Sus felices efectos acreditan.
Esta verdad supuesta ¿la venganza
No está en tu mano? ¿Pues por qué fatigas
Tu corazon con tales sentimientos?
Muera Fernando, muera quien irrita
A Raquel, y si el reino se le atreve,
Libre de su rigor no quede vida.
Pero sea, Raquel, con disimulo:
No armes con la amenaza la malicia:
Sientan el golpe los que te ofendieren,
Primero que el amago de tus iras.
Alfonso cuanto pides te concede:
Su corazon, su cetro y monarquía
Riges á tu albedrío. Pues si tanto
Te puedes prometer, ¿en qué vacilas?
Muera Fernando, el pueblo, la nobleza,
Y si te ofende, abrásese Castilla.

RAQUEL.

Abrásese Castilla y muera Hernando:
Sí, Ruben: ¿mas tan graves demasías
No deberán sentirse?

RUBEN.

No lo niego:
Mas deberán hallarte prevenida.
Siempre al favor persiguen enemigos,
Que es la privanza madre de la envidia.
Los ricos hombres tienes agraviados;
Pues los honores que á ellos se debian,
Por tu mano se dan á los hebreos.
Si los ofendes tú, ¿qué maravilla
Es que se quejen ellos? Mas ya el ruido
Manifiesta, que Alfonso se avecina.
Ya llega.

RAQUEL.

Ahora de mi justo enojo
Tendré satisfaccion: verá García,
Si se ofende á Raquel impunemente,
Y si es bien temerario quien la irrita.

ESCENA III.

RAQUEL, RUBEN, ALFONSO, MANRIQUE, ALVAR FAÑEZ, *y* ACOMPAÑAMIENTO.

ALFONSO.

Aplíquese al desórden el remedio,
Alvar Fañez, si da lugar la ira
Al discurso.

RAQUEL.

(*De rodillas.*) Admitid, amado Alfonso,
Una alma...

ALFONSO.

(*Apartándola.*) Raquel, calla: no prosigas:
No cuando el corazon en iras arde,
Ahogues las venganzas que fulmina.
Segunda Troya al fuego de mi enojo
Ha de ser hoy Toledo. ¿Quién creeria
Tan audaz desacato? ¿Se ha olvidado
Castilla, de que Alfonso la domina?
¿Sabe que aquesta espada, aqueste brazo
Es segur de la parca contra vidas
De traidores? y que... Pero, ¿qué dudo?
Lugar no quede, puesto no se omita
Sin exámen: procúrese el aleve

Autor de aquella voz tan atrevida,
Tan indigna de pechos castellanos:
Los cómplices se busquen, que la animan:
Que á mi poder protesto, y á los cielos,
Que el grave desacato escandaliza,
Que ha de ser mi venganza y su castigo
Asombro de Toledo y de Castilla.
Parte tú, Garceran: los sediciosos
Asegura si puedes, ó averigua,
Que ha de ver hoy España y todo el orbe,
Si Alfonso octavo de quién es se olvida.

MANRIQUE.

No quedará lugar que no se inquiera
En busca del traidor. (*Vase.*)

ALVAR FAÑEZ.

Tan conmovida
Está Toledo, que será difícil.
Poderla sosegar.

ALFONSO.

Pues mientras rija
Este brazo el acero victorioso,
Rayo que intentos bárbaros derriba,
Tiemble Castilla, España, Europa, el orbe
De Alfonso la venganza.

RAQUEL.

Sumergida
Estoy en confusiones.

ALFONSO.

Tú, Alvar Fañez,
Sígueme.

RAQUEL.

(*Deteniéndole.*) ¿Así, Alfonso, de mi vista
Sin oirme te apartas? ¿En qué culpa
Ha incurrido mi amor? ¿Tú te retiras
De mí, grave y severo? ¿Qué mudanzas
Son aquestas, señor?

ALFONSO.

Nada me digas;
Aquesto es ser Alfonso desdichado,
Y Raquel la ocasion de sus desdichas.
(*Vase con el acompañamiento.*)

RAQUEL.

¡Ay de mí! ¿qué he escuchado? Tú, Alvar Fañez,
Explícame este arcano.

ALVAR FAÑEZ.

Pues te avisan
Que eres tú la ocasion de tantos males,
La respuesta te puedes dar tú misma. (*Vase.*)

RAQUEL.

(*A Ruben.*) ¿Estoy despierta, ó sueño por ventura?

RUBEN.

No sé, Raquel: la misma duda agita
Mi discurso y razon, imaginando
Que es cuanto he visto, sueño ó fantasía.

RAQUEL.

¿Qué especie de dolor tan inhumano
Es este, oh corazon, que por primicias
De los males y sustos que me aguardan,
Me ofrece la tirana suerte mia?
¿Quién de tanto favor se prometiera
Tan no esperada, tan mortal caida?
¿Y quién hecha, fortuna, á tus halagos
Pudiera recelarse tal desdicha?
Alfonso me aborrece: sus desvíos
De mis temores la verdad confirman:
¿Pues cómo podrá ser ya venturosa,
La que se ve de Alfonso aborrecida?
¡Qué necio quien se fia de la suerte,
Sin advertir, que el tiempo y que los dias,
Que ciudades destruyen y edificios,
Favores y privanzas aniquilan!
¿Qué causa puede haber, amado Alfonso,
Para tanto desvío? ¿Mis caricias
En qué te han ofendido, que por premio
Solo odio y desagrado se concilian?
¡Mas ay de mí! que en vano me desvelo,
En buscar la ocasion de mis fatigas;
Pues la suerte que empieza á perseguirme,
Por doblarme el dolor, querrá encubrirla.

RUBEN.

¿Así, Raquel, tu corazon desmaya
En tan fuerte ocasion, donde es precisa
La constancia mayor? En los principios
Si un mal, aunque sea leve, se descuida,
Fuerzas del abandono va cobrando,
Que el remedio despues inutiliza.
Reciente es este mal; aun se está en tiempo
De poderle acudir: quien averigua
La causa de un dolor, con mas acierto
Aplicarle podrá la medicina.
Inquiérase, Raquel, de esta desgracia
La ocasion; que despues de conocida,
Si no cede á remedios ordinarios,
Buscará los extremos mi malicia.

RAQUEL.

Bien, Ruben, me aconsejas: ¿en qué dudas?
Al yugo vuelva la cerviz altiva,
Segunda vez Alfonso: el fin se logre,
Y el medio sea cualquiera, que tu elijas.
Lícito es cuanto sea conveniente:
Propia moral de la venganza mia. (*Ruido dentro.*)
¡Mas ay de mí! ¿Qué estrépito confuso
Oirse deja? Al alma pronostica
El corazon, latiendo apresurado,
Algun cercano mal.

RUBEN.

Ya mas distintas
Se perciben las voces: nunca pruebas
Mayores dió de sí la cobardía,
Que al escuchar rumor tan temeroso.

VOZ DENTRO.

Muera Raquel, para que Alfonso viva.

RAQUEL.

No es delirio: verdad es la que toco:
¿Y esto sufre mi enojo? ¿esto mis iras?
Espera, vulgo bárbaro, atrevido,
Que si mi sangre á derramar conspiras,
Verás que á costa de la tuya sabe
Defender y guardar Raquel su vida.
¡Mas ay de mí, infeliz! ¿á dónde corro
Sin consejo, oh Ruben? ¿Ya se averiguan
Las causas del enojo y del desvío
De Alfonso? ¿Quién lo duda? Hernan García
El pueblo ha sublevado. ¿Qué consejo
Me das, Ruben?

RUBEN.

Ceder á la desdicha. (*Vase.*)

RAQUEL.

¿Tú tambien me abandonas?

ESCENA IV.

RAQUEL, MANRIQUE.

MANRIQUE.

Si procuras
La vida conservar, que aquí peligra,
Huye, Raquel; en la vecina torre
De este alcázar te salva: conmovida
Está toda Toledo en daño tuyo;
Huye del riesgo, el mal presente evita.

RAQUEL.

¡Ay de mí! ¿que es posible lo que escucho?
¿Qué hicieses mutacion tan repentina,
Engañosa deidad, que la que un tiempo
Tanto elevaste, así la precipitas?
Mas si es fuerza ceder á la fortuna,
Huyamos ya, Raquel: de asilo sirvan
Hoy á tus desventuras esas torres,
Que fueron el teatro de tus dichas. (*Vase.*)

MANRIQUE.

Ya se fué. El alboroto va creciendo:
Pero ya el rey...

ESCENA V.

MANRIQUE, ALFONSO, ALVAR FAÑEZ *y* ACOMPAÑAMIENTO.

ALFONSO.

(*Apresurado.*) ¿Manrique?...

MANRIQUE.

¿Quién podria
Persuadirse, señor, tal desacato?
El pueblo, como el ruido lo publica,
El alcázar rodea: en grave riesgo
Está vuestra persona: la atrevida
Voz que se oyó en el templo esta mañana,
El vulgo alborotado abanderiza;
Y cuando yo pensaba contenerle,
Como mandaste, ví que Hernan García
El intento feroz acaudillando,
La accion acaloraba, y en la grita
Era el primero á quien se le escuchaba:
«Muera Raquel, para que Alfonso viva.»

ALFONSO.

¿Qué es esto? pudo Hernando (es increible)
Cometer tan infame bastardía?
¿Hernando, aquel que ha dado tantas pruebas
De su fidelidad, ahora conspira
Contra mí? ¿Aquel Hernando?...

MANRIQUE.

El disimulo,
Mas culpable, señor, y mas indigna
Hace toda traicion.

ALVAR FAÑEZ.

No así motejes,
Si otra prueba no tienes mas precisa,
De Hernando el proceder.

MANRIQUE.

¿Tú le disculpas?

ALVAR FAÑEZ.

Yo de un noble jamás alevosías
Me persuado, y el crédito suspendo
En caso igual á la evidencia misma.

ALFONSO.

Pues yo por alevoso le declaro:
Quien tropas de traidores acaudilla,
Quien á su rey se atreve, no merece
Otro nombre, otro trato, otra divisa.
Mas si es traidor Hernando, su garganta
El filo probará de mi cuchilla,
Contra alientos y espíritus aleves
Centella de las nubes desprendida.
Hernando muera, mueran los traidores
Que me ofenden con él, y...

ESCENA VI.

DICHOS, GARCIA.

GARCIA.

(*Arrodillándose.*) Bien fulminas
Contra mí esa sentencia. Hernando muera:
En su sangre se embote la hoja limpia
De tu acero; pues siendo en tu desgracia
No apetece vivir Hernan García.

ALFONSO.

¿Cómo, traidor?

GARCIA.

(*Poniéndose en pié.*) Injustamente, Alfonso,
Ese nombre me das; y pues te olvidas
De mi fe y lealtad, que bien debieras
Tener con tantas pruebas conocidas,
Escúchame, y suspende por un breve

Momento los enojos que te incitan,
Conocerás tu engaño, y la calumnia,
Con que á mi honor se atreve infame envidia.

ALFONSO.

¿Qué disculpa has de hallar que abonar pueda
Tu exceso, tu traicion y tu osadía?

GARCÍA.

Sabrásla, si me escuchas.

ALFONSO.

Pues empieza:
Aunque por este instante para oirla,
Sin olvidar tu ofensa, mis enojos,
Mi indignacion y mi furor reprima.

GARCÍA.

Esa voz, que de escándalo y desórden
El viento puebla, ó noble Alfonso octavo,
Monarca de Castilla, quien por siglos
Cuente el tiempo feliz de tu reinado:
Esa voz, que en el templo originada
Profanó del lugar los fueros santos,
Y de la majestad los privilegios
Tan injuriosamente ha vulnerado;
Si el fin, si los intentos se examinan,
Y el celo que la anima contemplamos,
Aliento es del amor mas encendido,
Voz del afecto mas acrisolado.
Voz es de tus vasollos, que de serlo
Testimonio jamás dieron más claro,
Que cuando más traidores te parecen,
Que cuando los estás mas infamando.
Estos, porque tu error se desvanezca,
Los mismos son, que en tus primeros años,
Cuando para el recobro de tus reinos
Marte armó de valor tu tierno brazo,
Por tu amor derramaron de sus venas
La hidalga sangre: los que acompañando
El cruzado pendon en Palestina
Rey de Jerusalen te coronaron.
Estos los mismos son que al luso altivo,
Al bravo aragonés con el navarro,
Fieros usurpadores de tus tierras,
Echaron con baldon de tus estados:
Los que postrando el leonés orgullo
En Palencia y Simancas, desterraron
De Fernando el dominio ó tiranía,
Que vínculos de sangre pretextando,
Se arrogó tu tutela, cuando fuiste
Pupilo en nombre, en realidad esclavo.
Aquellos son, cuyas gloriosas armas
De Tolosa en las Navas, y en Alarcos
Terror y afrenta tantas veces fueron
De inmensos escuadrones de africanos.
Estos, Alfonso, son los que te hablan
Por mi boca: los mismos que postrados
A tus piés, el remedio solicitan
De extremos males, de insufribles daños.
Cuán grandes estos sean, bien parece
Que no hay necesidad de recordarlo,
Cuando para notarlos y advertirlos,
Cada rostro te muestra su retrato.
Repara en tus vasallos: sus semblantes
Te pintarán con infelices rasgos
La triste situacion en que se hallan
Sus altivos espíritus gallardos.
¿Pero cómo han de estar sino marchitos
Campos á quienes niega el sol sus rayos,
Jardines que descuida el jardinero,
Flor que no riega diligente mano?
Los campos del imperio de Castilla
Del valeroso Alfonso abandonados
Solo espinas producen y venenos,
Que ofenden y atosigan sus vasallos.
Raquel... Permite, Alfonso, que la nombre,
Y si te pareciere desacato
Que quejas de Raquel se te repitan,
Pague mi cuello culpas de mi labio.
Raquel, (vuelvo á decir) no solamente
El reino tiraniza castellano,
No solo de los ricos hombres triunfa,
No solo el pueblo tiene esclavizado,
No solo ensalza viles idumeos,
No solo menoscaba tus erarios,
No solo con tributos nos aqueja,
Sino que (lo que es mas) de Alfonso octavo
El alma y los sentidos de tal suerte
Domina y avasalla, que postrado
Obscuramente yace en su ignominia,
Siendo mofa de propios y de extraños.
Ya no conquista Alfonso: ya no vence:
Ya no es Alfonso rey: aprisionado
Le tiene entre sus brazos una hebrea;
¿Pues cómo ha de ser rey el que es esclavo?
¿Estos los timbres son de tus victorias?
¿Este el fin de tus triunfos y tus lauros?
¿De este modo coronas tus hazañas?
¿Para esto de la fama al metal claro
Diste gloriosa voz con tus proezas?
¿Para esto al noble esfuerzo de tu brazo
Venciste reyes, conquistaste imperios?
Sí: para que Raquel atropellando
Tus glorias, tus hazañas, tus conquistas,
Tus timbres adquiridos y heredados,
Obscureciese, Alfonso, tu memoria,
Deshonrase tu nombre y tu reinado.
Si solo el fin los hechos califica,
¿Qué sirven los principios acertados,
Cuando son desaciertos los extremos?
¿Qué importa, Alfonso, que en tus tiernos años
Llenases con tu nombre todo el orbe,
Si es ignominia ya, lo que fué aplauso?
Recuerda, pues, de tan pesado sueño,
Y sacudiendo ese infeliz letargo,
Oye de tus vasallos los clamores,
Si algun sentido perdonó el encanto.
Advierte el deshonor que te resulta
De comercio tan torpe, y los estragos
Que va causando en los cristianos pechos
Del vil hebreo el peligroso trato.
Esta es la voz del pueblo que te adora,
De su misma pasion arrebatado.
No disculpar pretendo la osadía;
Los medios culpo, cuando el fin alabo.
Sin mi noticia el pueblo se conmueve:
Yo lo digo, y pudiera confirmarlo,

Si mi verdad necesitase pruebas,
Algun adulador, que está escuchando.
Por contener la furia impetuosa
Que en mí se compromete, yo me encargo
De exponerte las quejas, y motivos,
Que ocasionan el bárbaro atentado.
Este el suceso ha sido, esta mi culpa:
Ni me arrepiento, ni la accion retrato.
Mas si acaso te ofenden estas quejas,
Y el enojo y pasion te ciegan tanto,
Que á castigar te incitan por delitos
Las pruebas del amor más acendrado,
Esgrime ya los filos de tu acero
Contra mi cuello fiel, que está esperando (*Ar-*
Darte de mi lealtad el testimonio (*rodillándose.*)
Postrero con la sangre confirmado.

ALFONSO.

¡Qué secreta violencia y poderío
Encierra la verdad, oh cielo santo,
Que cuando van á fulminar mis iras
Venganzas y castigos; cuando el brazo
Va á ejecutar el golpe de su enojo,
Queda al oirla inmóvil y pasmado!
(*Alzando á Garcia.*)
¡Mas ay de mí! que tanta fuerza tiene
La virtud. Ya su imperio soberano
En tus voces, Fernando, reconozco,
y adoro sus precepos en tus labios.
¿Soy yo Alfonso? ¿soy rey? ¿soy de Castilla
El invicto caudillo, y quien la ha dado
Tantas victorias? Ya mi error conozco:
Ya advierto mi pasion, veo mi engaño,
Y ya, ó divina luz, con tus reflejos
Todo el horror descubro de este encanto.
Ya el letargo detesto en que he vivido:
Ya, nobles y leales castellanos,
Sobre sí vuelve Alfonso á los avisos
Que á sus errores vuestro amor ha dado.
Hoy vereis, que si escándalo del reino
Ha sido su abandono tantos años,
La enmienda que medita, á borrar basta
Del yerro la memoria y el retrato.
Salga Raquel del reino: los hebreos
Salgan tambien con ella desterrados;
Que ni quiero delicias, ni riquezas,
Si en perjuicio han de ser de mis vasallos.
Tú, Fernando, del pueblo conmovido
Sosiega el alboroto; y tú entre tanto,
Alvar Fañez, dispon que del destierro
Se formalicen el decreto y bando.
Triunfe esta vez de sí, quien tantas veces
Supo triunfar de ejércitos contrarios,
Y añada á sus vasallos esta prueba
Del amor que les tiene Alfonso octavo.

GARCÍA. (*Arrodillándose.*)

Permíteme, que el labio humilde imprima
En tu planta real.

ALVAR FAÑEZ. (*Arrodillándose.*)

Deja que dando
Muestra de gratitud, mi gozo explique.

ALFONSO.

No os detengais; que el pecho atormentado
Está en la dilacion.

ALVAR FAÑEZ.

Ya te obedezco. (*Vase.*)

GARCÍA.

A ejecutar, Alfonso, tus mandatos,
Parto veloz. A tu benigno imperio
Erigirá Castilla simulacros. (*Vase.*)

ALFONSO.

¿Qué es esto, Garcerán, que por mí pasa?
Pero ¿qué dudo? Parte apresurado:
Busca al punto á Raquel: dí que la espero.

MANRIQUE.

Lo haré, como mandais. (*Vase.*)

ALFONSO.

Tiranos astros,
¿Dónde llega el rigor de vuestro influjo?
¿Esta pena, este golpe reservado
Me teniais? ¿Alfonso de sus fieles
Castellanos con tánto desacato
Requerido? ¿No es este atrevimiento?
No; que la pretension es justa, y cuando
Con razon pide el súbdito no ofende;
Que de culpa le absuelve y atentado
Lo justo de la instancia. ¡Qué congojas,
Qué pasiones y afectos tan contrarios
Atormentan al alma! ¿Que es posible
Que á su reino motivo Alfonso ha dado,
Para que á su decoro se le atreva?
Mas ¡oh cuán neciamente que lo extraño!
¿No se ha olvidado Alfonso de sí mismo?
¿Pues qué mucho es, le olviden sus vasallos?
¿Pero Raquel no sirve á mi locura
De disculpa? ¿el dulcísimo milagro
De su beldad?... ¡Oh suerte rigurosa!
¡Con cuánta confusion lidio y batallo!
¿Pero no soy Alfonso? ¿De Castilla
El monarca no soy? Ceda al sagrado
Ser de la majestad un vil afecto.
Las débiles pasiones de lo humano
A la vista del solio desparezcan.
Deshaga de mi juicio los nublados
La luz de la razon que ya despierta
Del letargo mortal de tantos años.
Pero aquí Raquel sale.

ESCENA VII.

ALFONSO, RAQUEL.

RAQUEL.

En tu presencia
A Raquel tienes ya: del vulgo airado
Entrégala al furor y la venganza:
Redime tu peligro con su daño.
¿No me llamas para esto? ¿Esta fineza
No es el premio que tienes preparado

A mi amor? ¿En qué dudas? Raquel muera:
Muera, pues en amarte te hace agravio.

ALFONSO.

¡Cuánto, hermosa Raquel, mi amor ofendes!
No añadas al dolor que sufro y paso,
De tu insulto el rigor y tiranía.
¡Yo darte á tí la muerte! ¡yo que te amo!
¡Que solo á influjo de tus ojos vivo!
¡Que apetezco la vida solo, en cuanto
Ofrenda puede ser de tu belleza!
¿Tal presumes de mí? ¡Oh cuán contrario
Es mi intento, Raquel! Salvar tu vida
A costa de la mia, es lo que trato.
El pueblo (ya lo ves), que Raquel muera,
O salga de Toledo, está clamando.
¡Oh qué extremos, Raquel, tan rigurosos!
¿Quién el medio hallará de conciliarlos?
Mi valor y poder no son bastantes
A refrenar su orgullo. Si retardo
Cumplir su gusto, á su furor te expongo:
Si de mi alcázar, ó Raquel, te aparto,
Cierta es mi muerte. Pues Alfonso muera:
Muera yo si á Raquel la vida salvo.
Esto ha de ser, Raquel.

RAQUEL.

¿Que en fin dispones
Apartarme de tí?

ALFONSO.

El rigor del hado,
Mi desgracia pronuncia esta sentencia;
El pueblo te condena, no mi labio.

RAQUEL.

Tropas son de traidores sediciosos.

ALFONSO.

Sí; pero prevenidos y arrestados.

RAQUEL.

Pues castiga su loco atrevimiento.

ALFONSO.

Cuando fuera posible ejecutarlo,
Temiera que la mina reventara,
Y causase en tu vida mil estragos.

RAQUEL.

Desecha ese temor: arma tu diestra;
Y si acaso el horror te oprime tanto,
Que tu antiguo valor inhabilita,
Por tí este empeño tomará mi brazo.
Pues si enciendo la cólera en mi pecho,
Si el hierro empuño, si el arnés embrazo,
Semíramis segunda hoy en Toledo
A tus piés postraré cuantos osados,
Cuantos rebeldes, cuantos alevosos
Aliento dan al sedicioso bando.

ALFONSO.

Deten, Raquel, la planta: no al peligro
Así te precipites sin reparo.
Que te ausentes es fuerza.

RAQUEL.

¿Tú lo mandas?

ALFONSO.

Yo que te adoro, yo, Raquel, lo mando.

RAQUEL.

¿Tú en fin, para que muera, me destierras?

ALFONSO.

Yo: porque pienso, que tu vida guardo,
A morir de esta ausencia me condeno.

RAQUEL.

¿Que no hay remedio?

ALFONSO.

Yo ninguno alcanzo.

RAQUEL.

¿Y cuándo he de partirme?

ALFONSO.

Luego al punto:
Pues cuanto mas, Raquel, se alargue el plazo,
Corres mayor peligro. ¡Cuántas ansias
Siente mi corazon, al pronunciarlo!
Adios, Raquel.

RAQUEL.

(*Deteniéndole.*) ¿Que en fin así me dejas?
¿El cariño, señor, de tantos años,
De tanto amor las prendas no te mueven?
¿Mi desconsuelo, mi dolor, mi llanto
Desatiendes así?

ALFONSO.

¡Suerte enemiga,
A qué ocasion tan fuerte me has guiado!

RAQUEL.

¿Que resuelves en fin?

ALFONSO.

Que partas luego.
Mas ¡ay de mí! que aqueste duro fallo
Contiene la sentencia de mi muerte.
¿Pero en qué me detengo? ¿en qué reparo?
Huya, Raquel, á conservar su vida,
Mientras queda á morir Alfonso octavo. (*Vase.*)

RAQUEL.

Pues ya, Alfonso, que ingrato me abandonas,
Desatento, cruel y temerario,
Si me has amado, si en tu aleve pecho
De aquel volcan amante queda rastro,
Permita el cielo que estas cosas mira,
Y está tu ingratitud considerando,
Pases por el dolor de verme muerta
Al acero cruel de tus vasallos:
Que queriendo vengar estas ofensas,
No logre tu rigor ejecutarlo;
Que mi sombra interrumpa tu reposo,

Y que en pesar continuo y largo llanto
Llores la desventura, ingrato Alfonso,
Que Raquel, por amarte, está esperando.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

RAQUEL *y* RUBEN.

RUBEN.

¿Cómo en inútil llanto el tiempo pierdes,
Engañada Raquel? ¿Así remedias
La ruina y aversion del pueblo hebreo?
¿Así Raquel, redimes las miserias
De tu infeliz nacion? ¿Así el injusto
Bando revocas? ¿De esta suerte piensas
Volver á tu perdido valimiento?
¿De tantos infelices las querellas,
Que cifran en tu influjo sus alivios,
Atiendes de este modo? El llanto deja:
Deja inútiles quejas y sollozos
A mejor ocasion, y considera
Que el general destierro, que esperamos,
Atemoriza á todos, y consterna.
El pacífico hogar, el quieto albergue
Edificados por las manos nuestras,
Quedarán de su dueño abandonados
A injusto poseedor; y las riquezas,
Que acumuló la industria y la fatiga,
Apagarán su avara sed apenas.
Considéranos ya, que fugitivos
Peregrinamos apartadas tierras,
Y entre bárbaros dueños arrastramos
Del cuello esclavo la servil cadena.
Ancianos, niños, jóvenes, mujeres
De la suerte, que aguardan, se lamentan,
Y el triste sollozar del idumeo
Música es, que al castellano alegra.
Reprime pues el llanto, y si pretendes
Templar con él lo acerbo de tus penas,
Resérvale á ocasion mas oportuna.
Del indignado Alfonso en la presencia
Las perlas, que aquí viertes sin provecho,
De nuestra libertad rescate sean.

RAQUEL.

No, Ruben, con tan frívola esperanza
Aumentes mi dolor: deja á mi pena,
Que goce del alivio, que la suerte
Por único recurso la reserva.
Nuevos tiempos, Ruben, nuevas fortunas
Corren ya aquí. Mis lágrimas que fueran
Bastantes otro tiempo á dar al mundo
Sentimiento y dolor, ya se desprecian:
Ya en vez de compasion iras concitan.
Cuando Alfonso otra vez solo por ellas
La guerra declarara al universo,
Del Tajo undoso la dorada vena
Retroceder hiciera hácia su orígen,
La noche en claro dia convirtiera;
Tanto en tan breve tiempo se ha mudado,
Tan otro está, que juzgo se deleita
En verlas derramar. Prueba costosa,
¡Ay memoria infeliz! cruda experiencia
Vienen de hacer, Ruben, las ansias mias
De lo poco que puedo, y valen ellas.
En medio de mis lágrimas amargas,
Alfonso, el mismo Alfonso me condena:
De su boca, Ruben, de mi destierro
He escuchado yo misma la sentencia:
De sí Alfonso me aparta riguroso.
Mira si es bien que de su mal se duela,
O que admita esperanzas de consuelo,
Quien tan contraria suerte experimenta.

RUBEN.

No tan contraria es, como imaginas.
Los males cuando á ser extremos llegan,
Como pasar no pueden de aquel punto,
Que empiecen á ceder, Raquel, es fuerza.
Ya el desaire mayor has tolerado:
Ya no hay (créeme, Raquel) cosa, que temas:
Ya Alfonso arrepentido por ventura
Medios inquiere de templar tus quejas.
Solo de rey respetos le contienen:
Y si estos le obligaron á que hiciera
Contra tu amor esfuerzos tan violentos,
No dudes, que en su pecho las centellas,
Que apagar pretendió un temor en vano,
Libre ya de él con mas furor se enciendan.
Hondas raices el amor ha echado
En el alma de Alfonso: no se quiebran
Cadenas que labraron tantos dias,
Raquel, tan fácilmente como piensas;
Ni se puede borrar tan brevemente
La estampa que en el pecho dejó impresa
Pasion tan generosa; pues no bastan
Sustos, temores, sobresaltos, penas,
Disgustos, amenazas, desventuras,
Ni cuantos males la naturaleza
Por mayorazgo repartió á los hombres,
A retraer á quien amó de veras.
En tí la prueba tienes. Si del mundo
El dominio absoluto te ofrecieran:
Si cuantas perlas el Oriente envia,
Cuanto oro Arabia tiene, el Catay sedas,
Púrpuras Tyro, olores el Sabeo,
El Turco alfombras, el Persiano telas,
Cuanto tesoro encierra en sus abismos
El hondo mar, y cuanta plata, cuentan,
Sudaron los famosos Pirineos,
Cuando Vulcano liquidó sus venas:
Si todo esto, Raquel, porque de Alfonso
El amor desdeñases, te ofrecieran,
¿Te moveria acaso? ¿le dejaras?
¿Pudieras olvidarle? Pues si encuentras
Ese imposible en tí; ¿cómo presumes,
Que Alfonso, cuya amante pasion ciega
Ejemplo singular ha sido al orbe,
Olvidarse de sí tan breve pueda?
Delirio es de tu amor tal pensamiento:
Recobra la esperanza, y aprovecha,
Si quieres remediar el mal presente,
Raquel, el corto tiempo que te queda.

RAQUEL.

¿Pues puedo prometerme algun remedio
A tan extremo mal?

RUBEN.

La diligencia
Madre es de la ventura.

RAQUEL.

¿Y la que tiene
Del rigor de su suerte tantas pruebas,
No será necia, en esperar venturas?

RUBEN.

Necedad es mayor, creer que deba
Favorecer la suerte al negligente.

RAQUEL.

Cuando remedio ya ninguno queda,
¿No es prudencia ceder á la desgracia?

RUBEN.

Pero ninguno llamará prudencia,
Persuadirse que son irremediables
Los males de la vida. No hay adversa
Fortuna, que la industria no deshaga,
O modere á lo menos.

RAQUEL.

¿Pues se encuentra
Alguna, que remedie tan gran daño?

RUBEN.

Sí, Raquel, si á mi arbitrio te sujetas.

RAQUEL.

¡Ay, Ruben! mi esperanza á nueva vida
Con tu discurso has vuelto. Ya se ahuyentan
Con tus consejos sabios mis recelos,
Mi temor con tus graves advertencias.
Dispon, Ruben; Raquel obedecerte
Solo sabrá.

RUBEN.

Pues si á mi arbitrio dejas
De esta accion el gobierno, nada dudes;
Cuenta como lograda ya la empresa.
Alfonso compelido del respeto
De sus vasallos hace resistencia
A su amor, y en su cuarto retirado
Finge desvíos, desamor afecta.
Pero yo sé, Raquel, que interiormente
Por verte muere, por hablarte anhela,
Y que hasta conseguir desenojarte,
Juzga las breves horas por eternas.
Batalla con afectos diferentes
El corazon del hombre; mas si llega
A tomar el amor en él partido,
Por él el campo y la victoria quedan.
Esto supuesto, Alfonso ha de buscarte:
Y si hiciere á su amor tan grave fuerza,
Que el impulso quebranta de su afecto,
Supla esta falta nuestra diligencia.
Necesario es que á Alfonso te presentes,
Antes que se efectúe nuestra ausencia;
Que de esto solo pende la esperanza
Y en esto el logro della se interesa:
Pues si vuelve otra vez á verte Alfonso,
Difícil es que á abandonarte vuelva.
Resuélvete: y en tanto tus pesares
A cuantos de ellos informarle puedan,
Ostenta, y exagera astutamente.
Haz, Raquel, aparato de tus penas:
Lean todos tu enojo en tu semblante:
Tu dolor todos en tus ojos vean..
Esto conviene.

RAQUEL.

Pues si así conviene,
Y ves, Ruben, dispuesta mi obediencia,
Hasta que llegue el lance que meditas,
Los aires henchiré con mis querellas:
Molestaré la tierra con mis voces:
Y aun sembraré en los cielos mis endechas.
(*Vase.*)

RUBEN.

Sí, Raquel: que si ayuda la fortuna
Mis prevenciones, ó he de hacer que vuelvas
A ser segunda vez dueña de Alfonso,
O he de perder la vida en esta empresa.
Mas ¡ay de mí! que aunque me aliento en vano,
Lucho con mil recelos y sospechas,
Y de un trágico fin ó desventura
El justo horror de confusion me llena.
Que lidiar contra un vulgo alborotado,
Oponerse al poder de la nobleza,
Y mantener una privanza injusta,
¿Quién sino un despechado lo emprendiera?
¿Pero qué importa aventurar la vida?
Aventúrese todo, Raquel tenga
Segunda vez de Alfonso el albedrío;
Que si esto se consigue, ya te queda,
Ruben, abierto campo á tus venganzas.
Muera Hernando, Alvar Fañez tambien muera,
Y cuantos ricos hombres de Castilla
Contraponerse á mis intentos puedan.
Yo haré que en recompensa de su agravio
Pida Raquel á Alfonso sus cabezas,
Y que reos de Estado por mi industria,
Les dé amor vengativo la sentencia.
¿Mas dónde Garceran apresurado
Así corre? Perpetuas compañeras
Son de la iniquidad las inquietudes;
Siempre el malvado lidia con sospechas.

ESCENA II.

RUBEN, MANRIQUE.

MANRIQUE.

¿Ruben, has visto al rey?

RUBEN.

En su retrete,
Segun acabo de informarme, queda.
¿Mas qué motivo así te precipita?

MANRIQUE.

El ganar las albricias de la nueva,
De que ya está Toledo sosegada;
Y el que antes era todo turbulencias,
Ya es teatro de aplausos.

RUBEN.

¿Pues qué causa
Pudo mover pasiones tan opuestas?

MANRIQUE.

El haber ofrecido Hernan García
De Raquel el destierro, y tu cabeza.

RUBEN.

¿Mi cabeza, Manrique?

MANRIQUE.

No lo dudes.

RUBEN.

¿Qué dices?

MANRIQUE.

Que á tí el pueblo te condena.

RUBEN.

¡A mí! ¿Por qué razon?

MANRIQUE.

Porque á tu influjo
De Raquel atribuyen las violencias:
Su rigor, su codicia, sus audacias
Obras de tu enseñanza consideran:
Y el encanto y prision de Alfonso octavo
Lecciones aprendidas en tu escuela.

RUBEN.

¡Yo, Manrique!... Si el cielo...

MANRIQUE.

Esas disculpas,
Con quien pueda estimarlas, aprovecha.
Duéleme tu desgracia; mas no alcanzo
A remediarlas, así no me detengas;
Pues yo sirvo á mi rey. Solo un consejo
Darte podré de mi amistad por prueba;
Y es, que en las desventuras declaradas
Oponerse á la suerte, es imprudencia. (*Vase.*)

RUBEN.

¡Oh cortes, ó palacios, centro infame
De engaños, falsedades y cautelas!
¡Cuán á mi costa llego á conoceros!
Si este, que debe toda su opulencia,
Su valimiento y auge á mis influjos,
Así me corresponde; ¡cuánto yerra
Quien de áulicos confia en esperanzas,
Quien cree cortesanas apariencias!
¿Mas cómo en reflexiones importunas
Malogro el tiempo? El pueblo mi cabeza
Está pidiendo; yo la causa he dado:
El riesgo es conocido, y está cerca.
¿Qué arbitrio me darás, ingenio mio,
Para librarme de ocasion tan recia?
¡Mas ay de mí! que el cielo acaso quiere
Dar á mi iniquidad la justa pena,
Y cansado tal vez de tolerarla,
Pretende hacer de su justicia muestra.
Escarmienten los malos en mi daño,
Y en mi desdicha la impiedad aprenda,
Que no siempre se peca impunemente;
Y que si acaso el santo cielo deja
Correr tras de sus vicios los mortales,
Es por darles lugar para la enmienda,
Y que su tolerancia justifique
En medio de las iras su clemencia.
Pero del rey las guardias se descubren.
¿Qué es esto? Triste corazon, alienta;
Que pues Alfonso al público se ofrece,
Aun queda á mis astucias franca puerta.
Venga Raquel: renueve su hermosura
La antigua llaga, que á cerrarse empieza,
Y fénix hoy amor entre cenizas
Nuevo ser, nueva vida á cobrar vuelva.

ESCENA III.

RUBEN, LA GUARDIA.

GUARDIA.

Despejad.

RUBEN.

Ya en el campo de batalla
Tienes al enemigo. Ultima prueba
Esta es de tu poder, astucia mia.
Refuerza, amor, tus vencedoras flechas
A favor de Raquel, porque en Toledo
Se tremole hoy triunfante tu bandera. (*Vase.*)

ESCENA IV.

GUARDIA, ALFONSO *y* MANRIQUE.

ALFONSO.

(*A la guardia.*) Retiraos.
(*A Manrique.*) ¿Que en fin ya se ha aplacado
El furor de la plebe?

MANRIQUE.

La presencia
De Hernando refrenó sus osadías;
Que solo su valor las contuviera.
Y porque mas afianzada quede
La pública quietud, las cien banderas,
Y los dos mil ginetes destinados
Y prontos á marchar ya sobre Cuenca,
Del campo de la Sagra en que se alojan,
Sobre Toledo vuelven; y la fuerza
Ocupada, señor, de San Cervantes
Con el nuevo presidio, ya no queda
Motivo de temer; por mas que intente
Segunda novedad la plebe inquieta.

ALFONSO.

¡Oh suerte miserable de los reyes,

Cuán vanamente el fausto os lisonjea,
Si juzgais, os exime de cuidados
El poder, la corona y la opulencia!
¡Oh nombre ciegamente apetecido!
¡Oh títulos pomposos de grandeza,
Solo sonido, vanidad y viento!
¿Quién, que os conozca, habrá que os apetezca?
¿Pues qué sirve el poder en los monarcas,
Si siempre el rey en sus acciones queda
Sujeto á la censura del vasallo,
Que injusto las abona, ó las reprueba?
¿Qué sirve la corona, si su engaste
Es de la voluntad fuerte cadena,
Prision equivocada con imperio,
Y esclavitud llamada independencia?
¿Para qué es la opulencia, si los graves
Cuidados, que á los reyes nos rodean,
Tiranizan el gusto de gozarla,
Ocupándole siempre en extenderla?
¡Oh fortuna envidiable del villano,
Contento en la humildad de su bajeza,
Y libre de los sustos y desvelos,
Que de continuo al poderoso cercan!
¡Oh mesa venturosa, que guarnece
Grosero plato de paterna herencia,
Que convierte en sabroso y delicado
Aquel placer, que á tu contorno vuela!
Pajiza habitacion de la alegría,
A cuyo umbral humilde nunca llega
Ni de la envidia el tiro venenoso,
Ni el ímpetu cruel de la soberbia.
¡Cuánta ventaja haceis á los altivos
Alcázares reales, que aposentan
Por huéspedes perpetuos de sus techos,
Desvelos, sinsabores y sospechas!
¡Cuán libremente sus deseos goza
El simple labrador, cuya pobreza
Ni excita emulacion en sus iguales,
Ni en los mas poderosos competencia!
Si en pellico y cayado el cetro de oro,
La púrpura real trocar pudiera,
¡Cuán ventajoso el cambio juzgaria!
¡Con cuánta libertad en las florestas
Del amor solamente frecuentadas
Gozara tu hermosura, Raquel bella!
Nunca de estado la razon tirana
Tanto bien, tanta gloria me impidiera.
¡Oh suerte! ¡Oh condicion! ¡Oh reino, cuánto
Me debeis, si á Raquel por causa vuestra
De mí separo! ¿Pero qué pronuncio?
¿Podrás, Alfonso, tú, vivir sin ella?
No: que mi vida pende de sus ojos:
No: que en su pecho mi alma se aposenta.
Mas la razon, el reino, mis vasallos,
Mi honor, su misma vida, las estrellas,
Todo influye en su ausencia. ¡Oh suerte injusta!
¡Oh cruel dolor! ¡Oh bárbara violencia!

MANRIQUE.

No deis lugar, señor, á reflexiónes,
Que aumentan vuestro mal y vuestra pena.

ALFONSO.

Deja, Manrique, que mi mal me aflija;
Deja que mis dolores cobren fuerzas;
Deja que mi pasion me martirice.

MANRIQUE.

Mirad, señor, que vuestra vida...

ALFONSO.

Deja
Que avivando el dolor y sentimiento
El fuego, que en mi pecho se alimenta,
En las aras de amor mi triste vida
Ofrenda noble y holocausto sea.
Porque vea Raquel, que si ha podido
El cuerpo separar la suerte adversa,
El alma no; que libre de embarazos
A Raquel volará como á su esfera.
¡O dias miserables, de horror llenos,
Llenos de lutos, llenos de tristezas,
Los que sin tí, Raquel, ya me amenazan!
¡O eternas noches, de dolores llenas,
Aquellas, que tu ausencia lamentando,
Pasaré en largo llanto y mudas quejas!
Garceran, si el amor que me has debido,
Quieres pagar; con sola una fineza
Saldrás de obligaciones. Con tu acero,
Abre este pecho; rómpeme las venas;
Mi espíritu desata de estos lazos;
Dame, dame la muerte: no suspendan
La ejecucion respetos de vasallo:
Piedad será esta vez lo que otro fuera
El delito mayor, pues se redimen
Con solo un mal inmensidad de penas.

MANRIQUE.

No así ofendais, señor, mi amor y celo
Con proponerme acciones tan violentas,
Tan fuera de razon, y desusadas.
Volved en vos: desvaneced ideas,
Que os turban la razon y los sentidos:
Conservad vuestra vida; ved que en ella
Se cifra el bien de todo vuestro reino.
Y si el amor, si la pasion os ciega
Tanto, que á riesgo ponga vuestra vida,
Porque esta se conserve, todo ceda;
Todo ceda, señor, á vuestro gusto:
¿Pensais que puede haber quien no prefiera
Tanto bien á cualquiera otro respeto?
Yo os lo afirmo, señor: todos desean
Que vivais á Castilla largos siglos.
Además de que ya las tropas cerca
De Toledo, y la plebe sorprendida,
No queda que temer. Y antes debiera
De Raquel el destierro revocarse
En obsequio, señor, de vuestra regia
Autoridad que queda desairada
De otro modo.

ALFONSO.

¡Qué en vano me aconsejas?
En vano tu lealtad, tu amor y celo,
Quiere templar lo acerbo de mis penas.
¡Cómo! ¿podré olvidar de mis vasallos
La justa pretension? ¿Bien visto fuera,
Que cuando ellos por mí se sacrifican,

De lealtad siendo ejemplo y de fineza,
Como tú dices, yo correspondiese
A tan notable fe, abusando de ella?
No, Garceran: los cielos no permitan
Que yo amancille con accion tan fea
La historia de mi vida desdichada.
Y pues remedio ya ninguno queda,
Acábame, ¡oh dolor! dame la muerte,
Serás piadoso aquesta vez siquiera.

MANRIQUE.

Apartad ya, señor, el pensamiento
De tan tristes objetos.

ALFONSO.

Mal penetras
Del mal, que me fatiga y acongoja,
El rigor, la cruel naturaleza.
Si el enfermo, que siente lastimada
Una parte del cuerpo, aunque no sea
De las mas principales, no es posible
Que el pensamiento de su mal divierta;
Quien tiene como yo llagada el alma
De herida tan antigua y tan acerba,
¡Cómo podrá, Manrique, distraerse
Insensible al dolor, que le atormenta?

MANRIQUE.

Mirad que llega gente.

ESCENA V.

ALFONSO, MANRIQUE, UN GUARDIA.

GUARDIA.

Para hablaros,
Espera que le deis, señor, licencia
Raquel.

ALFONSO.

¿Qué es lo que escucho? Fuerte lance
Me preparas, fortuna: cruda guerra
Vas á moverme, amor, en este encuentro.
¿Pero qué riesgo hay ya, cuando no queda
A la revocacion arbitrio alguno?
¿Y no será crueldad, que cuando llega
Raquel á suplicar á Alfonso octavo,
Ni aun admitirla á su presencia quiera?
¿Qué dudo pues? Decid que Raquel llegue.
(*Vase la guardia.*)

MANRIQUE.

Ya con Ruben, señor, aquí se acerca. (*Vase.*)

ESCENA VI.

ALFONSO, RAQUEL, RUBEN, *y acompañamiento de* JUDIAS.

RAQUEL. (*De rodillas.*)

Si presumís, señor, que á vuestras plantas
Segunda vez me trae aquel designio,
De que anuleis el rígido decreto
De mi ausencia, ó mi muerte, que es lo mismo...

ALFONSO. (*Alzando á Raquel.*)

Ay de mí! Alzad del suelo: ¡Raquel llora!
Mucho de tí recelo, valor mio.
Proseguid, pues. ¿Qué es esto, duros astros?
¿Qué os deteneis?

RAQUEL.

Oid, que ya prosigo.
Si presumís, Alfonso, que este llanto,
Si pensais, que estos débiles suspiros,
Prendas en otro tiempo inestimables,
Cuando suerte mejor y el cielo quiso;
Vienen acaso á ser intercesores
Entre vuestro rigor y mi delito,
(Si haber correspondido á vuestro afecto,
Merecer puede nombre tan indigno)
No lo temais. Mi llanto, mis sollozos
Solo son expresion de mi martirio,
Vapores, que á los ojos ha exhalado
La amante llama, que en mi pecho abrigo.
Con muy contrario intento á vuestra vista
Vuelvo, señor: pues si antes he pedido,
Suspendiérais el orden de mi ausencia,
Llevada de mi amante desvarío;
Ya con mejor acuerdo solo trato
De cumplir vuestro gusto, y solo aspiro
A dar la última prueba en mi obediencia
Del amor, con que siempre os he servido.
Bien sé, que obedecer vuestro mandato,
La vida ha de costarme, cuando miro
Que no pueden cortarse á menos riesgo
Lazos, que tanto amor y tiempo ha unido.
Mas si en esto, señor, de mi fineza
Los subidos quilates acredito,
Dulces serán los últimos tormentos,
Si han de manifestar cuánto os estimo.
Males no habrá, de cuantos me propone
La triste idea del destierro mio,
Que no les dé accidentes del deleite,
El ser por vuestra causa padecidos.
La dura soledad, que me amenaza
En la mortal ausencia, que medito,
Será recreacion del pensamiento,
Al contemplar sois vos quien la ha querido.
El cansancio, señor, la grave angustia
De mi espíritu vago y peregrino
Trocará las congojas en descanso,
Y hará de la fatiga misma alivio:
Y los insultos á que quedo expuesta
Del feroz vulgo, adularán mi oido,
Viendo que aborrecerme así les mueve
De su rey el afecto y el cariño.
Esto supuesto, y que es inexcusable
Ausentarme de vos, pues mi peligro,
La voz del pueblo, su quietud, los cielos
Lo tienen decretado y convenido;
Si algun mérito tiene, amado Alfonso,
Tan constante pasion, amor tan fino,
De tantos años la correspondencia,
La noble emulacion, con que habeis visto
Mi ternura y la vuestra competirse,
Votos con tal desgracia repetidos,
Tantas promesas por mi mal frustradas,

Con que no pienso yo reconveniros,
Pues me tiene tomados mi desdicha
De cualquiera esperanza los caminos:
En recompensa solo una fineza
Me atrevo á suplicaros y pediros,
Cuyo derecho no podrá usurparme
El rigor de esta ausencia ó exterminio.
Esta es, Alfonso, que, pues no es posible
Apagar esta llama, que respiro,
De mi pecho arrancar vuestro retrato,
Ni de mi pensamiento este delirio,
Os deba esta infeliz, que así os adora,
Un recuerdo tal vez, que fuisteis mio,
Que en los años dichosos, que me amasteis,
Y yo fuí vuestra, pudo el amor mismo
Ternezas aprender de mis afectos:
Que siempre el mio fué vuestro albedrío,
Y finalmente que por adoraros,
Ausente, triste y desterrada vivo.
Esto, señor, mis lágrimas pretenden:
Este el intento es, que me ha traido
A causaros molestias con mi vista,
Y esto lo que por último os suplico.
Esto hará mis tormentos menos graves,
Mis males menos duros y prolijos,
Y aborrecible menos este aliento,
Mientras la parca tuerza el vital hilo.
Y pues instan, señor, inconvenientes,
Temores, sobresaltos y peligros,
A que me ausente, ¡ay Dios, cuántos ahogos
El espíritu siente al proferirlo!
Dadme, señor, licencia; y este llanto, (*Arrodi-*
Ultima ofrenda que á mi amor dedico, [*llase.*)
Os quede por seguro, que ni el tiempo,
Destierro, ausencia, penas, ni martirios,
Recelos, amenazas, ni desastres,
Ni de la muerte el riguroso filo
Serán bastantes á borrar del pecho,
De tanta fe depósito y archivo,
La imágen vuestra, que por tantos años
Labró el amor, el trato y el destino.

ALFONSO.

¿Qué es esto, sacros cielos? ¿Qué centella,
Qué extraordinario ardor no conocido
A mi pecho ha inspirado, Raquel mia,
Tu llanto y tu dolor? Cuándo se ha visto
Sino en mi daño tan extraño ejemplo?
¿Fenómeno tan raro y peregrino?
Alza, Raquel, del suelo: de tu llanto
Suspende los raudales: no abatido
Tengas el cielo, de quien eres copia.
No desperdicies los tesoros ricos
De tus preciosas lágrimas: recoge
Al lastimado pecho los suspiros.
Deja el llanto y dolor, deja la pena
A este infeliz, á quien el hado impío
Maltrata con rigor tan importuno.
A mí, á quien el perderte es ya preciso,
Y muriendo vivir en esta ausencia,
Corresponde, Raquel, este ejercicio.
Segura partir puedes, de que en cuanto
Este espíritu rija el condolido
Cuerpo, que tantos males debilitan;
Su alimento será y manjar continuo
Llanto y dolor, pesar y sentimiento.
¡Mas ay de mi infeliz! ¿Qué he proferido?
¿Yo, que Raquel se ausente, pensar puedo?
¿Yo puedo proponerlo y consentirlo?
¿Yo, que aliento al influjo de su vista?
¿Yo, que en fe de que me ama, solo animo?
No es posible, ni el cielo lo consienta.
Raquel, no has de partir: antes el hilo
Se corte de mi vida.

RAQUEL.

¿Qué he escuchado?
¿Qué pronunciais, señor? ¿No sois vos mismo,
Quien ha determinado mi destierro?

ALFONSO.

Fué atentado, fué error, fué desvarío.

RAQUEL.

¿Pues vos no me intimasteis la sentencia?

ALFONSO.

No lo puedo negar: temor lo hizo.

RAQUEL.

¿No os mostrasteis de piedra á mis razones?

ALFONSO.

O no era yo, ó estaba sin sentido.

RAQUEL.

¿No sois vos mismo quien me aconsejaba?
¿No sois aquel que astutamente fino
Me pintaba los riesgos?

ALFONSO.

Verdad dices:
Tenlo por sueño, tenlo por delirio.

RAQUEL.

¿No despreciasteis mis reconvenciones?
¿No os ví sordo á mis llantos y gemidos?
¿Por fin de mí no huisteis?

ALFONSO.

¿Qué mas quieres,
Raquel, si te confieso mi delito?
Sírvame este rubor, esta vergüenza,
Que paso al confesarlo, de castigo.
Errores son, que debes disculparlos,
Pues tuvieron, de amarte su principio.
Yo te amaba, Raquel: yo te apartaba
De mis ojos; contempla mi martirio.

RAQUEL.

¡Con qué facilidad un pecho amante,
Si está tan empeñado como el mio,
Admite las disculpas que desea,
Y aun tal vez disimula su artificio!
Mas cuando yo os conceda, que forzado
Obrasteis, y que solo mi peligro
Os turbó la razon, ¿es por ventura
Menor el riesgo ya? ¿los conmovidos

Corazones están mas aquietados?
¿Se han disipado ya mis enemigos?
¿Clama menos el pueblo? ¿la nobleza
Pondrá á sus quejas término? ¿Vos mismo,
A quien ya los temores vencer saben,
Me dais seguridad de reprimirlos?
¿Quereis que expuesta quede á una violencia?
¿Del vulgo fiero al bárbaro capricho?
¿De un soberbio al insulto? Quien me ama,
¿Podrá esto tolerar? ¿Qué poderío,
Qué autoridad, qué auxilio me asegura
De tantos riesgos? Si es que os he debido
Algun amor, Alfonso, no mi vida
Expongais de esta suerte; y pues preciso
Es que me ausente, adios, amado Alfonso,
(*Llorando y en ademan de irse.*)
Adios, y el cielo...

ALFONSO. (*Deteniéndola.*)

El cielo que ha querido
A tan graves desdichas conducirme,
Y es de mí puro amor y fe testigo;
No permita que Alfonso sin tí viva.
Raquel amada, hermoso dueño mio,
¿Así á Alfonso abandonas?

RAQUEL.

Las estrellas,
El cielo así lo manda, y mi destino.

ALFONSO.

¿Que, en fin, estás resuelta á abandonarme?

RAQUEL.

Cuánto me pesa, en este llanto explico.

ALFONSO.

Pues si mi desventura es tan notoria,
Y esta vida, este espíritu mezquino
Como inútiles prendas considero: (*Sacando la espada.*)
Acero noble, rayo que esgrimido
De mi diestra, blasones duplicasteis
A Marte poderoso, ya os dedico
A mejor ministerio: sed piadoso
Instrumento de amantes sacrificios.
Y tú, Raquel, si quieres testimonios
De mi constante amor ciertos y fijos,
Pues no oyes mi razon, estas alfombras
Te los ofrezcan con mi sangre escritos.
(*En ademan de echarse sobre la espada.*)

RAQUEL. (*Conteniéndole.*)

Deteneos: ¿qué haceis? ¿qué furia es esta?
Mirad, que de la espada el duro filo,
Cuando amenaza estragos á ese pecho,
Los obra y ejecuta ya en el mio.
¿No advertís, que ese golpe riguroso
Será fin de mi vida? ¿Quién ha dicho,
Que muerto Alfonso octavo, Raquel puede
Vivir un solo punto? ¿Habeis creido,
Que á vuestra costa pueden redimirse
Mis desdichas? Vivid, Alfonso mio:
Vivid, que Raquel solo para amaros,
la vida quiere. Ya, señor, me rindo,
A cuanto dispusiereis: ya Toledo
Será otra vez mi centro: no hay peligro,
Que á trueque de agradaros me dé asombro,
Que me dé susto, á trueque de serviros.

ALFONSO.

¡Oh portento de amor! Sea la eterna
Gratitud, que te ofrezco, y sacrifico,
Paga á tanto favor.

RAQUEL.

¿Y los hebreos,
Que no tienen, señor, otro delito,
Que depender de mí?...

ALFONSO.

Ya los indulto.
Y porque tu temor desvanecido
Del todo quede; porque no receles
De un vulgo osado los infieles tiros,
Desde hoy de mi cetro y mi corona
Serás dueño absoluto. Mis dominios
A tu arbitrio se rijan y gobiernen:
De todos mis vasallos los destinos
De tí dependerán públicamente,
Porque todos asi te estén sumisos.
¡Ha de mi guardia! (*Ocupando el solio.*)

ESCENA VII.

DICHOS, MANRIQUE, LA GUARDIA *y acompañamiento de* CASTELLANOS.

MANRIQUE *y* LOS DEMÁS.

¿Qué ordenais?

ALFONSO.

Atentos
Escuchad lo que mando y determino.
¿Soy vuestro rey?

MANRIQUE.

Por tal os veneramos.

ALFONSO.

¿Sois mis vasallos?

MANRIQUE.

Este distintivo
Nos honra.

ALFONSO.

Y lo que yo sobre mi trono
Mandare y dispusiere, ¿no es preciso,
Que todos lo obedezcan?

MANRIQUE.

¿Quién lo duda?
Nadie debe excusarse de serviros.

ALFONSO.

Está bien: y el vasallo que se opone
Al gusto de su rey, ¿no es, decid, digno
De la pena mayor, y por rebelde
No se hace reo del mayor delito?

MANRIQUE.

No hay duda.

ALFONSO.

Pues supuesto, que no hay duda,
Y supuesto tambien, que es gusto mio,
Sabed, que hoy en mi trono sustituyo
A Raquel; mi poder y mi dominio
La transfiero, y yo mismo la coloco
En mi solio real; esto entendido,
Pues confesais, debeis obedecerme,
(*Colocándola en el trono.*)
Sabed, que ya Raquel reina conmigo.

CASTELLANOS.

¡Terrible ceguedad!

MANRIQUE.

Si es vuestro gusto,
Ya os obedezco, y el primero rindo
A Raquel mi respeto.
(*Van los demás besando la mano á Raquel como Manrique.*)

RUBEN.

Bien se logra
El fin de mis astucias y designios.
Ya de nuevo respiro.

RAQUEL.

¡Qué gustoso
Es el mando aun en medio de peligros!

ALFONSO.

Ya estás, Raquel, en el lugar sagrado
Donde nunca alcanzar podrán los tiros
De tus contrarios: ya mi imperio todo
Está en tu mano; ya de tu albedrío
Dependen los que quieran ofenderte.
Los doce mil soldados, que destino
Para asediar á Cuenca, ya en Toledo
Entrando van; fiada en tal presidio,
Tu gusto ley de mis vasallos sea.

RAQUEL.

Por testimonio de tu amor lo estimo.

ALFONSO.

Y porque mi presencia no embarace
Que obres con libertad, yo me retiro.
Adios, bella Raquel. (*Vase con la guardia.*)

RAQUEL.

El cielo os guarde.
¿Qué es aquesto, fortuna? ¿Quién ha visto
Tan extrañas mudanzas en su suerte?
¿Qué afectos hasta aquí no conocidos
El corazon combaten? La venganza
Me inspira indignaciones y castigos:
Y este asiento, que es centro de justicia,
Contiene mi furor, cuando me irrito.
¿Mas podré conservar mi vida acaso,
Cuando me cercan tantos enemigos,
Por mas que este lugar me privilegie
Del insulto del pueblo? ¿El atrevido
Infame vulgo contendrá su furia,
Porque yo disimule su delito?
No por cierto; que el vil nunca conoce
Estas obligaciones, y al maligno,
A quien se disimula un desafuero,
Licencia se le da, de repetirlo.
Prueben, pues, mi rigor.

ESCENA VIII.

DICHOS *menos* ALFONSO, UN GUARDIA, *á poco* HERNAN GARCÍA *y* ALVAR FAÑEZ.

UN GUARDIA.

Hernan García
Y Alvar Fañez, creyendo en este sitio
Hallar al rey, entrada solicitan.

RAQUEL.

Permitidlos entrar. (*Vase el guardia.*)

MANRIQUE.

¡Duro conflicto!
(*Sale Alvar Fañez por un lado con un pliego.*)

ALVAR FAÑEZ.

Este es, Alfonso, el bando... ¿Mas qué veo?
(*Sale García por el lado opuesto.*)

GARCÍA.

El obsequioso pueblo... ¿Mas qué digo?

ALVAR FAÑEZ.

¿Es ilusion?

GARCÍA.

¿Es sueño?

RAQUEL.

¿Qué os suspende?
Alvar Fañez, llegad: ¿no me habeis visto?
¿Qué os admira, Fernando? ¿Qué reparos
Os detienen? ¿Habeisme conocido?
(*Levantándose.*)
Yo soy Raquel: Raquel, la que no há mucho,
Insultasteis soberbios y atrevidos.
Raquel soy, ¿qué dudais? á quien Alfonso
Sustituye en su mando; á quien él mismo
En su solio real ha colocado;
Con quien todo el poder ha dividido;
A quien ya sus vasallos mas leales
Tributan los obsequios mas rendidos.
Soy, quien traidores castigar pretende;
Quien del rigor esgrimirá los filos
En cuellos alevosos; quien alfombras
Hará á sus piés de espíritus altivos,
Y será con asombros y rigores
De audacias escarmiento y exterminio.
(*Tomando el pliego á Alvar Fañez, y rompiéndole.*)
Mas tú, que de leal haciendo alarde,
Solicitas mi daño y precipicio,

Advierte, que así apruebo iniquidades:
Que así injusticias corroboro y firmo.
Y tú, que diputado de alevosos
Viles plebeyos, el enjambre indigno
Tan oficiosamente representas,
Les dirás de mi parte, cuánto estimo
Su fineza, y que ya para pagarla
Prevengo hierros, lazos y suplicios.
(*Vase con Ruben y los demás judíos.*)

ALVAR FAÑEZ.

¿Es posible, que á tanto haya llegado
La ceguedad de Alfonso?

GARCÍA.

Estoy corrido.
No sé cómo he sufrido tal ultraje.
¿Manrique, es esto cierto?

MANRIQUE.

Ya lo has visto.

ALVAR FAÑEZ.

¿Y tú lo has permitido?

GARCÍA.

¿Tú lo sufres?

MANRIQUE.

El que lo pudo hacer, es quien lo hizo.
El rey así, Alvar Fañez, lo ha mandado:
Así, García, Alfonso lo ha querido.
Cuando su voluntad tan declarada
Está, como notais vosotros mismos,
Ni debe replicar ningun vasallo,
Ni puede resistirla sin delito.
Yo por lo menos solo sé, que debo
Servir y obedecer al dueño mio. (*Vase.*)

GARCÍA.

Vive Dios; que es deshonra, es ignominia
Tal modo de pensar. ¿Pues quién te ha dicho,
Infame adulador, que á su rey sirve,
Quien, como tú, sus ciegos desvaríos
Obedece sin réplica, debiendo
Conducirle á un desdoro y precipicio?
Mas ya no es tiempo de esto: ya, Alvar Fañez,
De Alfonso ves la ceguedad: ya vimos
De esa altiva judía la arrogancia.
¿Quién seguro estará de sus caprichos?
¿Quién no debe temer sus osadías?
¿Será razon, que el castellano brio
Obedezca las leyes de una hebrea?
¿Será justo, que aquellos que nacimos
Los primeros del reino, para darle
Grandes ejemplos, mudos y abatidos
Una beldad tirana respetemos?
Y el pueblo, que en los dos ha transigido
Sus acciones y fueros, ¿será justo
Quede sujeto al abandono antiguo?
No, Alvar Fañez: remedio pide el daño.

ALVAR FAÑEZ.

A cuanto quieras, ya me determino.

GARCIA.

Redimamos el pueblo miserable.

ALVAR FAÑEZ.

Cuanto pienses y digas, te confirmo.

GARCIA.

Libertemos á Alfonso de este encanto.

ALVAR FAÑEZ.

Mi vida ofrezco, para conseguirlo.

GARCIA.

Mas se debe excusar todo alboroto,
No parezca motin, el que es oficio.

ALVAR FAÑEZ.

A cuanto dispusieres, me resuelvo.

GARCIA.

Pues si tú me acompañas, hoy consigo
Eternizar el nombre castellano
Con la violenta empresa, que medito:
Y verá el mundo en mí, cuando contemple
Los efectos, que ya me pronostico,
La mayor lealtad en la osadía;
Pues hay casos tan raros y exquisitos,
En que es mas fiel el menos obediente,
Y mas leal, el que es menos sumiso.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

HERNAN GARCIA, ALVAR FAÑEZ, *y* CASTELLANOS.

CASTELLANO 1.

¿Este descuido, Hernando, esta desidia
Es el alivio, que esperar debiera
Un reino, que tan graves infortunios
Padece?

CASTELLANO 2.

¿Así se cumplen las promesas,
En cuya fe libraba su esperanza
El pueblo castellano?

CASTELLANO 1.

¿Qué torpeza,
Alvar Fañez, oprime los alientos
En tan fuerte ocasion?

CASTELLANO 2.

¿Qué indiferencia
Tan odiosa en tan grave coyuntura
Os suspende ¿Sabeis que Raquel reina?
¿Que Alfonso de su encanto seducid
Mas que nunca á su arbitrio se sujeta?
¿Que el truno de Castilla venerable

Ocupa ya Raquel? ¿Que la sentencia
Del general destierro del hebreo
Está ya revocada? Que con fiestas
Celebra el Israelita, y con aplausos
Por Toledo su triunfo y nuestra mengua?
¿Es este de Raquel el exterminio?
¿Esas, Hernando, son vuestras ofertas?
¿Sabeis, que á su rigor quedan expuestos
Los vasallos de Alfonso? ¡Qué violencias
No intentará, creyéndose ofendida!
¡Quién seguro estará de su soberbia!
¿Para esto conspiró vuestro denuedo?
¿Así se logra el fin? No: no consienta
Nuestro valor, ultraje tan indigno:
Muera Raquel: quien por leal se tenga,
Abrace la ocasion de acreditarse.
Y pues se advierte tanta indiferencia
En los nobles, la hazaña, que á otros toca,
De la abatida plebe empresa sea.

ALVAR FAÑEZ.

No así culpeis de omiso, castellanos,
Mi valor. ¿Presumís que la nobleza
Descuidar puede sus obligaciones?
¿Juzgais que del plebeyo las miserias
Puede ver, sin que exponga en su remedio
Toda su autoridad? Ya está resuelta
La ruina de Raquel: vuestros enojos
Sean el instrumento: de la empresa
Ha de ser Alvar Fañez el caudillo.
Echando mano á la espada, y pasándose al (bando de los castellanos.)
Muera Raquel: armad la invicta diestra,
Castellanos, y acabe esta ignominia
De una vez nuestro acero.

CASTELLANOS.

(*Echando mano á las espaldas.*) Muera, muera.

GARCIA.

(*Deteniéndolos.*) ¿A donde así correis precipitados?
¿Qué furor os impele? ¿Qué imprudencia
Os obliga á tan grave desacierto?
¿Así rompeis de la naturaleza
Las leyes sacrosantas? ¿De españoles
Se creerá accion de tanto oprobio llena?
¿Así de este lugar los privilegios
Se traspasan, profanan y atropellan?
¿Sabeis la inmunidad de aqueste sitio?
¿Sabeis que el cielo y la razon condenan
A quien le pisa menos reverente?
¿Y tú, Alvar Fañez, que advertir debieras
Mejor la gravedad del desacato,
Así llevarte de su furia dejas?
¿Qué es esto, castellanos valerosos?
Reportaos: el limpio acero vuelva
A su lugar; que males de esta clase
Los remedia el consejo, no la fuerza.

ALVAR FAÑEZ.

¿Tú, Fernando, te opones al intento?
¿Cuando en la muerte de esa vil hebrea
Tratamos de la vida del monarca,
Así el hecho acriminas y motejas?
Fernando, esto es lealtad.

GARCIA.

¿Quién os ha dicho,
Oh multitud ilusa, que se pueda
Ofender á Raquel, sin que de Alfonso
La autoridad y pundonor padezcan?

ALVAR FAÑEZ.

Pues si Raquel á Alfonso tiraniza,
Quien quebranta sus hierros y cadenas,
Quien á su rey liberta de un desdoro,
¿No obra como leal?

GARCIA.

Y quien intenta
Que un delito castigue otro delito,
¿Obra con equidad y con prudencia?
No obscurezcais así vuestras hazañas:
Confiésoos la razon de vuestras quejas:
No niego de Raquel la tiranía.
Yo mismo sus excesos y violencias
Acabo de sufrir: el miserable
Estado de la plebe las vocea.
Las naciones extrañas, todo el mundo,
Que el castellano imperio considera,
Piden satisfaccion. Yo, yo entre tantos
Soy, el que mas que todos la desea.
Pero ni yo, ni el mundo, ni el estado
Podremos aprobar, que se cometa
Contra el honor de Alfonso un desafuero.
¿Y cual será la vil cobarde diestra,
Que se atreva á esgrimir la injusta espada
Contra Raquel? ¿Será gloriosa empresa
De un castellano acero, cuyos filos
Fueron horror de huestes agarenas,
Teñirse con la sangre desdichada
De una infeliz mujer? ¿Será proeza?

ALVAR FAÑEZ.

¿Qué mudanzas son estas? ¿Tú, Fernando,
En este mismo instante no confiesas
La justicia y razon que nos asiste?
¿No eres tú quien dispone, quien ordena
De este mal el remedio? ¿Para el hecho
Tú mismo con tus voces no me alientas?
¿Cómo pues ya te opones?

GARCIA.

Engañado
Enormemente estás, si acaso piensas,
Alvar Fañez, que puedo retraerme
De este intento jamás. Vida y hacienda,
Tranquilidad, y todos cuantos bienes
Tiene el humano ser, al punto diera
Por redimir á Alfonso y á Castilla.
A esta plausible, á esta gloriosa empresa
Os animé; para esto con vosotros
Conspiró mi lealtad: mas con reserva
Del decoro del rey, que es en los nobles
El cuidado primero.

ALVAR FAÑEZ.

¿Pues nos queda,
Para lograr el fin, otro recurso?
¿Resta otro medio alguno?

GARCIA.

Sí, otros restan.
Y cuando otros no hubiera, ¿quién haria
Uso del que decís, que leal fuera?

ALVAR FAÑEZ.

Quien vea, que sus voces no se escuchan:
Que sus ruegos é instancias se desprecian,
Y que es su tolerancia y su silencio
Fomento del rigor y la soberbia.

GARCIA.

¿Y esa razon excusará el delito?

ALVAR FAÑEZ.

Quien culpe nuestra accion, tambien es fuerza
Confiese, que con ella se redime
De este reino el baldon, del rey la afrenta.

GARCIA.

¿Y eso no podrá hacerse, sin que manche
El castellano nombre accion tan fea?

ALVAR FAÑEZ.

Cualquiera menos fuerte será inútil:
Tú, Fernando, tú tienes la experiencia.

GARCIA.

Clausuras hay, que roben á los ojos
De Alfonso el fuerte hechizo que los ciega.

ALVAR FAÑEZ.

¿Y no habrá aduladores que descubran,
Mérito haciendo de la diligencia,
El lugar donde esté, por mas remoto
Que se procure? ¿La voraz hoguera
De amor nô deshará muros altivos,
Recios candados y robustas puertas?

GARCIA.

Paises hay extraños y remotos,
En que Raquel sepulte su belleza.

ALVAR FAÑEZ.

Si á un amante vulgar nada contiene,
¿Qué habrá, que á un rey amante le contenga?

GARCIA.

El presidio, que entrando va en Toledo,
Pudiera acaso...

ALVAR FAÑEZ.

¿Así las tropas nuestras
Agravia, quien las vió obrar tantas veces?
¿Son forzadas, venales ó extranjeras?
¿No son gente escogida en los consejos
De Adaja, de Arlanzon y de Pisuerga?

GARCIA.

¿Que en fin estais resueltos, castellanos?

CASTELLANO 2.

Quereros contener, es vana empresa.

GARCIA.

Pues, supuesto que estais determinados,
Y no es posible haceros resistencia,
Solo pretendo suspendais la furia
Un breve espacio. Doble culpa fuera
Atreverse á Raquel, estando Alfonso
Presente á sus ultrajes; ni pudiera
Vuestra intencion acaso conseguirse,
Si por ventura Alfonso á comprenderla
Llegase. Y pues que suele con el noble
Recreo de la caza partir treguas
En la guerra de amor, esta oportuna
Ocasion esperad, porque con ella
Vuestra accion se asegure, y que de Alfonso
Menor sea el dolor, menor la ofensa.

ALVAR FAÑEZ.

Discurres bien, García; y porque notes
Que solo el bien del reino nos alienta,
Y de Alfonso el honor, suspenderemos
Por ahora el intento: mas se entienda,
Que ha de morir Raquel precisamente.

CASTELLANO 2.

Dispon cuanto juzgares que convenga,
Como á verter su sangre, se dirija.

ALVAR FAÑEZ.

Sí, castellanos: su maldad perezca.

(Vanse Alvar Fañez y castellanos.)

GARCIA.

¡Oh fiera multitud, cómo se engaña
Quien, sobre tí tener arbitrio, piensa!
Mas, pues he suspendido sus enojos,
Aprovechemos la ocasion estrecha.
Sepa Alfonso el peligro, á que su ciego
Amoroso delirio tiene expuestas
Su autoridad, y de Raquel la vida:
Que por ventura, si á saberlo llega,
De sí la apartará, por libertarla.
De esta suerte Castilla se sosiega:
De Alfonso no padece el real decoro:
Su vida esa infeliz tambien conserva;
Que aunque tan ofendido y agraviado
Me tiene, esto le debo á mi nobleza.

ESCENA II.

GARCIA, MANRIQUE.

MANRIQUE.

Mucho siento, García, haber de darte
Un disgusto y pesar.

GARCIA.

¡Qué necio fuera,
Quien esperara menos que pesares
En tan infames dias, en que reina
La iniquidad, y están entronizadas
La maldad, la injusticia y la violencia!
Dí, Manrique, cuál es; nada me asusta:
Nada me admira ya.

MANRIQUE.

Raquel ordena,
Salgas hoy de Toledo desterrado.

GARCIA.

¿Desterrado? ¿Y por qué?

MANRIQUE.

Porque fomentas
Sediciones contra ella, y...

GARCIA.

Sella el labio:
Porque me irrita mas, que tú te atrevas
A proferir calumnias semejantes,
Que el proceder injusto de esa hebrea.
¿Yo muevo sediciones? Vive el cielo,
Que miente quien lo dice, y quien lo piensa.
¿Qué hubiera sido de la infame sangre
De esa mujer, si yo leal no hubiera
Contenido los ánimos feroces,
Que ya volaban á saciarse de ella?
¿Quién es, quien de su vida ha sido escudo?
¿Y quién acaba de...? ¡Pero qué necias
Satisfacciones! Dí á Raquel, que Hernando
Dice, que tiene rey á quien venera:
Que solo sus preceptos obedece:
Que los demás los oye y los desprecia;
Y que no es de la clase desdichada
De aquellos, que por medio de vilezas
Pretenden sus aumentos, como hace
Alguno de su crédito con mengua.
Y dila, que si juzga que en Toledo
Incomodarla puede mi asistencia,
Está muy engañada: que entre tanto
Que ella su perdicion busca y fomenta,
Busco yo modos de librar su vida
De los contínuos riesgos que la cercan:
Que vele sobre sí; pues de contrarios
Poderosos la cólera resuelta
Contra su vida se arma nuevamente.
Débame esa cruel esta advertencia:
Corresponda á un agravio un beneficio:
Que así, Manrique, Hernan García se venga.

MANRIQUE.

Mi obligacion, Hernando.

GARCIA.

La de un noble,
Y la de un castellano fiel debieras
Mirar mejor.

MANRIQUE.

Los Laras de leales
Siempre fueron espejo.

GARCIA.

Bien lo prueba,
El haber entregado á Alfonso en Soria
De su tirano tio á la tutela.
Nuño Almejí, que supo rescatarle,
Dirá vuestros elogios.

MANRIQUE.

Fué violencia.

GARCIA.

Conveniencia dirias propiamente;
Pues os valió del reino las tenencias.

MANRIQUE.

Siempre Laras y Castros se estimaron.

GARCIA.

Mi padre lo diria, si viviera:
De quien, porque en la vida no pudisteis,
La venganza tomasteis en la huesa.

MANRIQUE.

Pero yo de vos siempre...

GARCIA.

El enemigo
Habeis sido: ya sé vuestras cautelas:
Ya sé cuánto me honrais: ya lo comprendo:
Y supuesto que el rey aquí se acerca
Con Raquel, repetid vuestros oficios,
Reiterad sumisiones é indecencias,
Obsequios afectad interesados;
Mientras yo espero á Alfonso, donde pueda
Darle avisos, que mas á mi honor cuadren:
Que liberten su solio de una ofensa:
Que sosieguen disturbios y alborotos;
Que esta es mi lealtad, esa es la vuestra.
(*Vase.*)

MANRIQUE.

Corrido estoy.

ESCENA III.

MANRIQUE, ALFONSO, RAQUEL, RUBEN
y ACOMPAÑAMIENTO.

RAQUEL. (*Llorando.*)

¿En fin determinado
Estais, señor, á hacer mas placenteras
Las orillas del Tajo, con pisarlas,
En medio de los sustos que me cercan?

ALFONSO.

Sí, Raquel. ¿Mas tú lloras? ¿Tú suspiras?
¿Qué temes, Raquel mia? ¿Qué recelas?
¿No mandas ya en Castilla? ¿No se rigen
A tu arbitrio mis reinos? ¿Ya tu diestra
No es el móvil de todo? ¿En mis dominios
No te obedecen todos y respetan?
¿No tienes ya poder para vengarte,
Si hay alguno tan nécio que te ofenda?
¿No reinas como siempre en mi albedrío?
¿Tus órdenes Toledo no venera?
Y en fin, ¿no eres del todo el absoluto
Dueño?

RAQUEL.

Sí, Alfonso; y solo así pudiera
Contemplarse de vos menos indigna

Mi humildad. Hoy, señor, vereis que acierta
Amor en la eleccion, que de mí hace,
Y que no siempre son sus obras ciegas.

ALFONSO.

Sí, Raquel mia: amor te ha coronado.
Y porque tengas desde luego pruebas
De la estabilidad de tu gobierno,
Y cuán segura estás aun en mi ausencia,
Al placer ordinario de la caza
Intento no negarme. Nuevas fuerzas
A las guardias se aumenten de Palacio
A mayor prevencion. Así desecha,
Raquel hermosa, esos recelos vanos
Que te causan pesar. Contigo queda
El alma, que te adora; y pues me brindan
Del Tajo ya las plácidas riberas,
A Dios, bella Raquel.
(*Vase Alfonso con el acompañamiento.*)

RAQUEL.

El cielo os guarde.
¡Cuánto, ay de mí, que os ausenteis, me pesa!
¿Qué es esto, congojado pecho mio?
Corazon, ¿qué temor te desalienta?
¿Qué sustos te atribulan? ¿Ya Castilla,
A mi arbitrio no rinde la obediencia?
Pues, corazon, ¿qué graves sobresaltos
Son los que te combaten y te aquejan?
Sin duda debe ser, que como el cielo
No te crió para tan alta esfera,
Como es el solio regio, mal se halla
Tu natural humilde en su grandeza.
Tomen ejemplo en mí los ambiciosos,
Y en mis temores el soberbio advierta,
Que quien se eleva sobre su fortuna,
Por su desdicha y por su mal se eleva.
¿Mas cómo así me agravio neciamente?
¿Mi valor, mi hermosura, las estrellas,
El cielo mismo, que dotó mi alma
De tan noble ambicion, y la fomenta,
No confirman mi mérito? ¿Pues cómo
Me puedo persuadir, que exceso sea
De la suerte el supremo, el alto grado,
En que está colocada mi belleza?
El frívolo accidente del orígen,
Que tan injustamente diferencia
Al noble del plebeyo, ¿no es un vano
Pretexto, que la mísera caverna
De espíritus mezquinos valer hace
Contra las almas grandes, que en las prendas,
Con que las ilustró pródigamente
El cielo, las distingue y privilegia?
No hay calidád, sino el merecimiento:
La virtud solamente es la nobleza. (*Sentándose.*)
Esto supuesto, ¿habeis, Ruben, mandado
Disponer mis decretos?

RUBEN.

Ya la hebrea
Nacion por mí las gracias te tributa
Por lo mucho, Raquel, que te interesas
En su alivio. Los pechos que pagaba,
Los servicios, las cargas y gabelas
Están ya suspendidas, y dispuesto
El reintegro tambien de todas ellas
A costa del erario, como mandas;
Y porque este tampoco así padezca,
Al pueblo castellano se duplican
Los impuestos.

RAQUEL.

¿Razon acaso fuera,
Que cuando de este reino los vasallos
En riquezas abundan y en haciendas,
Repartiesen con pobres extranjeros,
Cuya industria y trabajo son sus rentas,
Las cargas del estado? Fuera injusta
Política.

RUBEN.

Tambien, segun ordenas,
El bando se ha dispuesto, que prohibe
Que dentro de Toledo nadie pueda
Armas traer sin el real permiso:
Y aunque con la noticia descontenta
Está la gente ardiente y belicosa,
Viéndose desarmar, que efecto tenga
El mandato á su tiempo no lo dudes.

RAQUEL.

Así se humillará tanta soberbia.

RUBEN.

Las cabezas del público alboroto
Se buscan; pues se sabe con certeza,
Que no le fomentó Fernan García,
Para que se haga un escarmiento en ellas.

RAQUEL.

Está bien: mas de Hernando las audacias
Se deben castigar.

RUBEN.

Ya le destierras.

MANRIQUE.

Y yo, Raquel, que le he notificado
El órden, soy testigo de la fiera
Altivez, con que á tí y á tus decretos
Vilipendió.

RAQUEL.

(*Levantándose.*) Pues luego se le prenda;
Como á reo de estado se le trate;
Y probada su torpe inobediencia,
Hoy le vea Toledo en un cadalso,
Donde á un verdugo rinda la cabeza.

RUBEN.

Corto castigo á tanta demasía.
Aqueso sí, Raquel: todo perezca,
Cuanto á tu elevacion contradijere,
Cuanto pueda oponerse á tu grandeza.
Haz que Castilla sienta tus rigores:
De sangre criminal las calles riega:
No quede castellano sospechoso,
Que no adore tu planta, ó que no muera.

RAQUEL.

¡Cómo adulan mi oido esas palabras!
¡Cómo Ruben!...

CASTELLANOS.

(*Dentro.*) Sin nota de vileza
Ya sufrir mas la lealtad no puede.

RAQUEL.

Ruben, ¿qué nueva confusion es esta?

GARCÍA.

(*Dentro.*) Reportaos, castellanos: no desdore
Vuestra fama y renombre accion tan fea.

CASTELLANOS.

(*Dentro.*) Es tiranía, ya sufrir no puede
La lealtad sin nota de vileza.

MANRIQUE.

Voces del pueblo son alborotado.

RAQUEL.

¿Del pueblo? ¿qué pretende?

RUBEN.

Acaso intenta
Demostrar con su pública alegría,
Que en tus elevaciones se interesa.
¡Cuánta fuerza me hago, al pronunciarlo!
Mucho temes, Ruben: mucho recelas.

RAQUEL.

¡Ha de la guardia! ¿Pero qué es aquesto?
¿Nadie me oye? ¡Ay de mí! ¿Todos me dejan?
Examina la causa de este exceso,
Manrique.

MANRIQUE.

Al rey con la mayor presteza
Buscaré que sabiendo tanto insulto,
Volará á remediarle. (*Vase.*)

RAQUEL.

Ya mas cerca
El rumor se oye.

CASTELLANOS.

(*Dentro.*) Ya sufrir no puede
La lealtad sin nota de vileza.

RUBEN.

¡Ay de mí! ¿qué es aquesto? el pueblo todo
Segunda vez se arma en nuestra ofensa.
¿Dónde me esconderé que el riesgo evite?

RAQUEL.

¡Ay de mí triste! ¿qué desdicha es esta?
¿Qué es aquesto, Ruben? ¿No has escuchado?

RUBEN.

Estas son las funestas consecuencias,
Que por mas que esforzaba el artificio,
Temí de mi ambicion y tu soberbia.
Del extremo peligro, en que nos vemos,
Ella ha sido la causa: considera
El triste fin, que las maldades tienen,
Y huye de tanto riesgo como puedas.
No pongas mas en mí la confianza,
Que no valen ya astucias ni cautelas. (*Vase.*)

RAQUEL.

¡Oh caduco traidor! ¡Qué tarde llego
A conocerte! Tus inicuas reglas,
Tus consejos mi mal han producido;
¿Y ahora de mí huyes, y me dejas?
¡Mas ay de mí! ¡Oh Alfonso descuidado,
Con cuán justa razon lloré tu ausencia!
¿Qué haré? dame remedio, ingenio mio.
¡Mas, ay! que la atrevida voz sangrienta
Entre quejas me intima mi desgracia,
Diciendo, que el sufrir es ya vileza.
Ya el tirano cuchillo, que el airado
Brazo cóntra mí esgrime, me amedrenta;
Y ya parece que en copiosas fuentes
El humor se desata de mis venas.
¡Qué horrorosa es la imágen de la parca
A una alma enamorada! ¡Oh! quién pudiera
Revocar con el aire de un suspiro
A Alfonso! Pero ya que se decreta
Mi muerte, el contemplar que es por amarle,
Menor hace el dolor, menor la pena,
Y vosotros ministros injuriosos
De la ferocidad y la inclemencia,
Llegad apresurados. ¿Qué os detiene?
Dad la muerte á Raquel, que ya la espera.

ESCENA IV.

RAQUEL, GARCÍA.

GARCÍA.

La vida vengo á darte, no la muerte;
Aunque no fuera extraño lo temieras,
Cuando ofendes mi honor con tanto ultraje.
El pueblo, (ya lo escuchas) la sentencia
Fulmina contra tí, y en mil espadas
Te amenaza la muerte; su fiereza
Ni atiende mi valor ni mi respeto.
La misma guarnicion que en tu defensa
Ha llegado, comun hace la causa.
Tomadas están ya todas las puertas
Para lograr su intento. Yo, que á Alfonso
Venero con la fe mas verdadera,
Que cuido del honor de su corona,
Y solo su servicio me desvela;
Cuando todos tu muerte solicitan,
Guardo tu vida; mi lealtad atenta,
Al salir á la caza, le esperaba,
Para avisarle de la torpe y fiera
Resolucion del pueblo; mas él, ciego,
Por adular tu indignacion proterva,
No solo no me oyó; pero ni quiso
Admitirme siquiera á su presencia.
Y aunque pudo el desaire retraerme
De mi designio, válgate el ser prenda
De mi rey y señor; el ser yo noble;
El ser leal vasallo: mis querellas

Personales pospongo á su decoro:
Que esto manda el honor y la nobleza.

RAQUEL.

¿Cómo, aleve, traidor?...

GARCÍA.

Raquel, no es tiempo
Ni de satisfacciones, ni de quejas.
Yo soy leal; jamás tu muerte quise,
Y si lo quieres ver, tienes la prueba.
Resuélvete, Raquel: á esos jardines
De la torre vecina da una puerta,
Que el no uso tiene ya casi olvidada:
Criados y caballos, que me esperan,
Prevenidos están: el inminente
Riesgo salvemos: demos así treguas,
A que volviendo Alfonso, se remedie
Tan grave mal.

RAQUEL.

Ya alcanzo tus cautelas.
¿Quieres valerte tú de ese artificio,
Para hacer tu venganza mas secreta?

GARCÍA.

Mira, Raquel, que el tiempo se malogra.

RAQUEL.

Muera yo, como nada á ti te daba.

GARCÍA.

Advierte, que tu muerte es ya precisa.

RAQUEL.

Si te creyese, mas precisa fuera.

GARCÍA.

¿Que, en fin, quieres perderte?

RAQUEL.

No te escucho.

GARCÍA.

¿No me quieres seguir?

RAQUEL.

Estoy resuelta.

GARCÍA.

Así mueres sin duda.

RAQUEL.

¿Y si te sigo,
Será acaso mi muerte menos cierta?

GARCÍA.

Pues si hubiera artificio en mis palabras,
Y aspirara á vengarme, ¿no lo hiciera
Impunemente por ajena mano
En tanta confusion?

RAQUEL.

En vano empl
Razones que no pueden persuadirme;
Si falsas, porque es bien guardarme de ellas;
Y si son verdaderas, porque el hecho
Me llena de rubor y de vergüenza. (*Vase.*)

GARCIA.

¡Válgame Dios, cómo permite el cielo,
Que los malos se cieguen, cuando intenta
Castigar sus delitos y maldades!
¿Pero qué podré hacer? Ya la violencia
Penetra hasta este sitio.

ESCENA V.

GARCIA, ALVAR FAÑEZ *y* CASTELLANOS *con las espadas desnudas.*

ALVAR FAÑEZ.

Castellanos,
Muera aquesta tirana.

CASTELLANOS.

Muera, muera.

GARCÍA.

Bárbaros, cuyo insulto á sacrilegio
Pasa ya: ¿qué furor os atropella?
¿No contiene ese solio vuestras iras?
¿Del lugar lo sagrado no os refrena?
¿Sois castellanos? ¿Sois?...

CASTELLANO 2.

Porque lo somos,
De este lugar vengamos las ofensas.

ALVAR FAÑEZ.

Y porque nos preciamos de leales,
Borrar queremos las indignas huellas,
Que le profanan con la sangre misma
Del sugeto, que obró la irreverencia.
Ea pues, castellanos, examine
Nuestro cuidado hasta las mas secretas
Cámaras de este alcázar; y tú, Hernando,
No hagas á nuestro intento resistencia;
Pues tu valor expones á un desaire,
Y tu fidelidad á una sospecha.
(*Vase con los castellanos.*)

GARCÍA.

¡Oh ilusion temeraria! en el delito
Cifrais la lealtad. ¡Oh quién pudiera
Contener el exceso! Mas si á Alfonso
Corro á avisar, Raquel expuesta queda;
Si en su defensa expongo yo mi vida,
¿Podré lograr acaso, con perderla,
Librar la suya? ¡Oh extremos infelices!
¿Si acaso, viendo el riesgo, se aprovecha
De mi aviso Raquel? Hácia el postigo
Parto veloz con intencion resuelta
De libertarla, aunque mi vida arriesgue
Pero Ruben...

ESCENA VI.

GARCIA; *sale* RUBEN *huyendo.*

RUBEN.

¡Oh horror! ¡oh muerte! ¡oh tierra!
¿Cómo á este desdichado no sepultas?
Tus profundas entrañas manifiesta,
Y esconde en ellas mi cánsada vida:
Líbrame de los riesgos que me cercan.
¡Qué susto! ¡qué pesar! Nadie se duele
De mí?

GARCÍA. (*Sacando la espada.*)

Si, infame.

RUBEN.

Tu rigor modera:
Ten, Fernando, piedad: no me dés muerte.

GARCÍA.

Vil consejero, horrible monstruo, fiera,
Cuyo aliento mortal inspiró tantas
Máximas detestables á esa hebrea,
Que por fin su desdicha han producido,
Y la tuya tambien; aunque merezcas
Bien la muerte cruel, que estás temiendo,
Sabe, que aqueste acero en tu defensa
Arma mi brazo.

RUBEN.

Cielos, ¿qué he escuchado?

GARCÍA.

Y que á Raquel, si el cielo no lo niega,
He de librar á costa de mi vida.
No por tí, infame hebreo: no por ella:
Por ser leal: por ser García de Castro,
Y porque el mundo por mis hechos vea,
Que el noble noblemente ha de vengarse;
Y que cuando del rey el honor media,
A su decoro deben posponerse
Propios agravios y privadas quejas. (*Vase.*)

RUBEN.

¡Oh palabras terribles! ¡Cuánto engaño
Padece aquel, que juzga de apariencias!
¡Quién tal creyera de su altanería!
Mas ¡ay de mí! la débil planta apenas
Puedo fijar. ¡Qué sustos, qué congojas
Me oprimen! ¡Oh ambicion, cuánto acarreas
De males al que necio te da entrada!
Ya sin duda á Raquel la furia ciega
Habrá dado la muerte: ya la mia
Se apresura: ¡ay de mí! ¿Pero no es esta?
¿No es Raquel la que huyendo hácia aquí viene?
¡Oh si evitar pudiese que me viera!
(*Retirase detrás del solio.*)

ESCENA VII.

RUBEN *oculto*, RAQUEL.

RAQUEL.

¡Oh mujer desdichada! A cada paso
El corazon desmaya, el pié tropieza.
¡Oh peligro! ¡oh dolor! De mil espadas
Huyendo vengo: ni en la fuga acierta
Mi confusion; el miedo me deslumbra.
Ya el tropel se avecina: ya no queda
Refugio á mi temor. Lugar sagrado, (*Al solio.*)
Cuya ambicion es causa de estas penas,
Sed mi asilo esta vez, si otra vez fuisteis
Teatro de mi orgullo y mi soberbia:
Encubridme á lo menos... ¿Mas qué miro?
¡Tú aquí, Ruben! ¡tú, infame! ya no espera
Remedio mi desdicha; pues no pueden,
Donde esté tu maldad, faltar tragedias.
Ya ves cómo se lucen tus doctrinas,
Maestro infame, que en tu torpe escuela
El arte me enseñaste de perderme.
Castellanos, volad: nada os detenga;
Aquí á Raquel teneis, que ya gustosa
Morirá, si Ruben muere con ella.

RUBEN.

¿Cómo, Raquel?... Si el cielo... ¿Mas qué escucho?

ALVAR FAÑEZ. (*Dentro.*)

Entrad: no os detengais: romped las puertas,
Si estorbasen la entrada.

RAQUEL.

¡Ay de mí triste!
¡Qué confusion! ¡qué susto!

ESCENA VIII.

DICHOS, ALVAR FAÑEZ, *y* CASTELLANOS *con las espadas desnudas.*

CASTELLANOS.

Muera, muera.

RAQUEL.

Traidores... ¿Mas qué digo? Castellanos,
Nobleza de este reino, ¿así la diestra
Armais con tanto oprobio de la fama
Contra mi vida? Tan cobarde empresa
No os da rubor y empacho? ¿Los ardores,
A domar enseñados la soberbia
De bárbaras escuadras de africanos,
Contra un aliento femenil se emplean?
¿Presumís hallar gloria en un delito,
Y delito de tal naturaleza,
Que complica las torpes circunstancias
De audacia, de impiedad y de infidencia?
¿A una mujer acometeis armados?
¿El hecho, la ocasion no os avergüenza?
¿Será blason, cuando el alarbe ocupa
Con descrédito vuestro las fronteras,
Convertir los aceros á la muerte
De una flaca mujer, que vive apenas?
¿Qué causa á tal maldad os precipita?
¿Qué crueldad, qué rigor, qué furia es esta?

ALVAR FAÑEZ.

El hábito, Raquel, de hacer tu gusto,

Y tu misma maldad hacen, no veas
Las causas, los principios de este enojo:
Bien lo sabes, Raquel: bien lo penetras,
Y bien tu disimulo nos confirma
La justicia y razon, que nos alienta.

RAQUEL.

¿Pues mi delito es más, que ser amada
De Alfonso? ¿que pagar yo su fineza?
¿En cuál de estas dos cosas os ofendo?
¿Está en mi arbitrio, hacer que no me quiera?
Si el cielo, si la fuerza de los astros
Le inclinan á mi amor, ¿en su influencia
Debo culpada ser? ¿Puede el humano
Albedrío mandar en las estrellas?
Mas ya sé que direis, que mi delito
Es el corresponderle. Cuando intenta
La malicia triunfar, ¡oh cómo abulta
Frívolas causas, vanas apariencias!
¿Puede dejar de amarle, siendo amada?
Si un rey con solo su precepto fuerza,
A su imperio juntando las caricias,
Su amor, su halago, las heroicas prendas,
Que le hacen adorable, ¿bastaria
Algun esfuerzo á hacerle resistencia?
Juzgad con mas acuerdo, ó castellanos:
Ved que el enojo la razon os ciega:
Admitid esta causa á mas exámen:
Atended...

ALVAR FAÑEZ.

Ya está dada la sentencia.

RAQUEL.

Mirad que es la pasion quien la fulmina.

ALVAR FAÑEZ.

No, tirana: tu culpa te condena.

RAQUEL.

¿Que en fin he de morir? Aqueste llanto...

ALVAR FAÑEZ.

No nos mueve, Raquel; no tiene fuerza.

RAQUEL.

¿Lo negro de la accion no os horroriza?

ALVAR FAÑEZ.

Si de la patria el bien se cifra en ella,
Timbre la juzgarán, y si de Alfonso
El honor restauramos, es proeza.

RAQUEL.

¿Y su honor restaurais, cuando atrevidos
Muerte le dais? ¿Sabeis que se aposenta
Su alma con la mia? ¿que es mi pecho
De su imágen altar? ¿que de las fieras
Puntas que penetraren mis entrañas,
Es fuerza que el dolor las suya sientan?
¿No veis que él morirá si yo muriere?

ALVAR FAÑEZ.

El rayo del furor la torpe hiedra
Abrasará sin que padezca el tronco,
Que ella aprisiona con lascivas vueltas.

RAQUEL.

¿El amarle, llamais?...

ALVAR FAÑEZ.

Amor te mata;
Si él te ofende, Raquel, de amor te queja.

RAQUEL.

No, traidores; no, aleves; no, cobardes;
Y si porque amo á Alfonso, me sentencia
Vuestra barbaridad, no me arrepiento:
Nada vuestros rigores me amedrentan.
Yo amo á Alfonso, y primero que le olvide,
Primero que en mi pecho descaezca
Aquel intenso ardor con que le quise,
No digo yo una vida, mil quisiera
Tener, para poder sacrificarlas
A mi amor. ¿Qué dudais? Mi sangre vierta
Vuestro rigor. Al pecho, que os ofrezco
Tan voluntariamente, abrid mil puertas;
Que no cabrá por menos tanta llama,
Tanto ardor, tanto fuego, tanta hoguera.

RUBEN. (*Sacando el puñal.*)

A lo menos Ruben sin defenderse
No ha de morir.

ALVAR FAÑEZ.

Matadlos. Mas no sea
Nuestro acero infamado con su sangre.
Este hebreo, que el cielo aquí presenta,
Ha de ser, castellanos, su verdugo.
Tú, Ruben, si salvar la vida intentas,
Pues consejero fuiste de sus culpas,
Ahora ejecutor sé de su pena.

RAQUEL.

¡Oh cielos, qué linaje de tormento
Tan atroz!

RUBEN.

¡Yo!...

ALVAR FAÑEZ.

Ruben, no te detengas,
(*Poniéndole la espada al pecho.*)
Si pretendes vivir.

RUBEN.

Pues si no hay medio,
Conserve yo mi vida, y Raquel muera.
(*Hiérela.*)

RAQUEL.

¡Ay de mí!

ALVAR FAÑEZ.

Pues está ya herida, huyamos.
(*Vanse Alvar Fañez y castellanos.*)

RAQUEL.

¿Tú me hieres, Ruben? ¿Tú? ¿Satisfecha

No estaba tu maldad, con haber sido
La causa de perderme, ¡dura pena!
Sino que eres, infame, el instrumento
De mi muerte tambien? Mas no es tu diestra,
Hebreo vil, la que me da la herida:
Amor me da la muerte. ¡Qué torpeza
Mis miembros liga! ¿Amado Alfonso mio,
Dónde estás? ¿Qué descuido así te aleja?
¿Así morir consientes á quien amas?
¿En tanto mal, á quien te adora, dejas?
Vuela, Alfonso. ¡Ay de mí! ¡oh amor! ¡oh muer- [te!
(*Apoyándose en la silla.*)
Y tú, oh trono, que causas mi tragedia,
Ayuda á sostener el cuerpo débil,
Que el alma desampara: Alfonso, vuela,
Y recibe este aliento, que el postrero
Es de mi vida. ¡Ay Dios! ¡Qué mal se esfuerza
El corazon! Alfonso... amado Alfonso...
¿Qué te detiene? ¿Cómo á ver no llegas?...
(*Cayendo al pié de la silla.*)

ESCENA IX.

RAQUEL, RUBEN, ALFONSO *y* MANRIQUE *escuchando.*

ALFONSO.

Cierta es ya mi desdicha. ¡Mas qué veo!
(*Precipitado hácia Raquel.*)
¡Raquel! ¡Ay infeliz! Raquel! ¿Tú muerta?

RAQUEL.

Sí: yo muero: tu amor es mi delito:
La plebe, quien le juzga y le condena:
Solo Hernando es leal: Ruben, ¡qué ansia!
Me mata: y yo por tí muero contenta.

ALFONSO.

¡Ay infeliz de mí! ¡Oh amor! ¡Oh golpe
Duro y mortal! ¡Oh mano infame y fiera!
Raquel mia, mi bien, ¿quién de esta suerte
De púrpura tiñó las azucenas?
¿Cuál fué el aleve, cuál el fiero brazo,
Que la flor arrancó de tu belleza?
¿Qué tempestad furiosa descompuso
Tu lozanía? ¿Qué envidiosa niebla
Abrasó los verdores de tu vida?
¿Qué venenoso aliento, qué grosera
Planta infame ultrajó tus perfecciones?
¿Quién el cobarde fué, qne en tu inocencia
Ensangrentó el acero? Dueño amado,
Mi Raquel: ¿no me oyes? ¿Tú te niegas
A Alfonso? Dadme muerte, penas mias.
Contigo glorias los pesares eran,
Y sin tí ya, ¿qué puedo prometerme,
Que no sea dolor, pesar no sea?
¿Mas muerta tú, yo vivo, y no te vengo?
¿Qué es aquesto, dolor? ¿Qué es esto, ofensas?
¿Pero no dices tú: ¡Ruben me mata!
¿Cuál el motivo fué? Pero qué necias
Mis dudas son, Raquel. ¿Tú no le acusas?
Pues muera este traidor, y con él mueran
Cuantos... Mas cielos... Oh cruel, ¿alarde
(*Reparando en Ruben.*)
Haciendo estás de tu delito?

RUBEN.

Templa
El furor un momento, mientras digo,
Alfonso, mi disculpa.

ALFONSO.

¿Puede haberla,
Traidor, para una accion tan horrorosa?

RUBEN.

De tus mismos vasallos la violencia,
El temor de la muerte y su amenaza
Me han obligado á hacerlo.

ALFONSO.

¡Oh vil empresa!
(*Tómale el puñal.*)
¿Y esa es disculpa? Amado dueño mio,
En venganza recibe de tu ofensa (*Hiere.*)
La vida de este aleve por primicias
De otras muchas. Las lóbregas tinieblas
Del infierno sepulten tus maldades.

RUBEN. (*Cayendo.*)
Quien con ellas vivió, muera por ellas.

ESCENA X.

DICHOS.—GARCÍA.

GARCÍA.

Alfonso... ¿Pero qué es lo que estoy viendo?

ALFONSO.

La mas infame hazaña, la mas fea,
La maldad mas oscura y detestable.
Muerta ves á Raquel á la violenta
Furia de mis vasallos.

GARCÍA.

¡Qué desdicha!
Yo, Alfonso...

ALFONSO.

Tu lealtad y tu nobleza
Sé ya, Hernando: Raquel la ha publicado.

MANRIQUE.

Sí, García; muriendo la confiesa.

ALFONSO.

Mas al cielo protesto, que es testigo
De accion tan inhumana y tan sangrienta;
A los hombres, que el hecho escandaliza,
Al mundo, que le culpa y le detesta,
A la fidelidad de los leales,
A mí mismo, á este trono, cuyas regias
Prerogativas se hallan ultrajadas,
Y á tí, ó Raquel, que con tu sangre riegas
De este lugar el trágico distrito,
La mas atroz venganza: porque vean,
Los que tengan noticia de la injuria,
Que si hubo quien osase cometerla,

Tambien hubo quien supo castigarla.
Venganza, amor: quien te ha ofendido, muera.

ESCENA XI.

DICHOS; ALVAR FAÑEZ *y* CASTELLANOS.

ALVAR FAÑEZ. (*De rodillas.*)

Dices, Alfonso, bien; y si pretendes
Satisfaccion tomar de esta, que ofensa
Acaso juzgarás, y por servicio
Reputamos nosotros, las cabezas
A tus piés ofrecemos, que no importa
Morir, cuando tu honor vengado queda.

ALFONSO.

(*Poniendo mano á la espada.*)
¿Cómo, traidores? ¡Cómo desleales!...

GARCÍA. (*Deteniéndole.*)

Señor, si con vos tiene alguna fuerza
Mi ruego, reprimid vuestros enojos;
A la justicia remitid la queja:
Mirad, señor, que el celo los disculpa.

ALFONSO.

Tienes razon, que el santo cielo ordena,
Por mas atroz que sea su delito,
Que quien le cometió disculpa tenga:
Yo tu muerte he causado, Raquel mia:
Mi ceguedad te mata: y pues es ella
La culpada, con lágrimas de sangre
Lloraré yo mi culpa y tu tragedia.
Yo os perdono, vasallos, el agravio:
Alzad del suelo, alzad: sírvaos de pena
Contemplar lo horroroso de la hazaña
Que emprendisteis en esa beldad muerta.

TODOS.

Confusion y dolor causa su vista.

GARCÍA.

Escarmiente en su ejemplo la soberbia:
Pues, cuando el cielo quiere castigarla,
No hay fueros, no hay poder que la defiendan.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS POR LA

Biblioteca de EL COSMOS EDITORIAL

Germinal (tercera edición): 2 tomos, 6 ptas. en rústica y 7 en tela.

Su excelencia Eugenio Rougon: 2 tomos, 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

El vientre de París (tercera edición): 2 tomos, 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

La confesión de Claudio: un tomo, 3 ptas. en rústica y 3,50 en tela.

La fortuna de los Rougon: 2 tomos, 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

La conquista de Plassans: 2 tomos, 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

Cuentos á Ninon (segunda edición): un tomo, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Nuevos cuentos á Ninon (segunda edición): un tomo, 3 ptas. en rústica y 3,50 en tela.

Aneta Micoulin (tercera edición): un tomo, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Magdalena Ferat (segunda edición): un tomo, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.